

MARZO 2017, NRO. 14
AÑO III



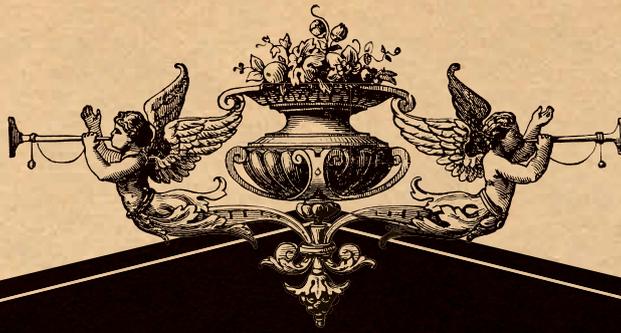
RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

SALVO * HUERTAS * CEVASCO * ROMERO * SÁNCHEZ GARCÍA
MORALES * ZÚÑIGA * DONATO * CASTRO

Súper alienado y otros relatos





Créditos



© 2017 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2017 Daniel Salvo, Miguel Huertas, Eduardo Romero, Julio Cevalco, Raúl Sánchez García, Marcia Morales, Pedro Castro, Miguel Ángel Zúñiga y Patricio Donato

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Sergio Mars, Víctor Conde, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra**

Corrección de estilo: **Antonio Castro**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 14: **Marzo del 2017**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Daniel Salvo

(Ica, 1967). Desde el año 2002, publica la página electrónica «Ciencia Ficción Perú». Edita la columna «Mundos imaginarios» en el Diario Oficial El Peruano. Su volumen de cuentos «El primer peruano en el espacio» fue publicado en 2014 por la editorial Altazor.



Miguel Huertas

(Madrid, 1991). Psicólogo. En 2016 publicó la novela «Aurora negra» con Editorial Amarante. En 2015 fue seleccionado para figurar en el libro de relatos «Lovecraft. Mitos de Fuenlabrada» (Kelsonia Editorial).



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica.



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Raúl Sánchez García

(Murcia, 1976). Enfermero. Actualmente trabaja en un Complejo Hospitalario de Las Palmas de Gran Canaria. Publicó dos libros; «Un paso a lo desconocido» y «La llave y otros cuentos fantásticos», así como varios cuentos cortos.



Marcia Morales

(Lima, 1984). Bióloga y Literata. Directora de la revista «Nictofilia». Directora editorial en «Editorial Cthulhu». Ha publicado el libro «Noctem aeternus. Inconclusiones vertidas en noches de insomnio» (2015). Ha publicado cuentos en diversas antologías y revistas.

Autores



Miguel Ángel Zúñiga (Cd. de México, 1978). Escritor y periodista independiente. Ha publicado novela de ciencia ficción «Retorno» con Ediciones SM y colaborado en edición de libros digitales. Actualmente administra su blog personal, «Middle Age Freak».



Patricio Donato (Puerto Madryn, 1975). Ingeniero electrónico e historiador amateur. Ha participado de varias antologías literarias. Además de lo fantástico, no puede evitar escribir sobre la Patagonia, el lugar donde creció y adonde espera volver.



Pedro Castro (Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecatrónica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom».



Valeria Pajares (Lima, 2001). Desde pequeña me ha atraído el arte, siento que es una forma única y diferente de expresarme. También me gusta tocar instrumentos musicales, como la flauta y la guitarra, y adoro leer. Ver



Gerardo Espinoza (Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta y pronto lanzará una historieta con el grupo «Ferro Producciones».



Jimena Aparicio (México, 1993). Diseñadora e Ilustradora egresada de la UNAM, actualmente labora en una agencia de social media cuidando los detalles de diseño y publicaciones. Además de llevar branding e ilustración de forma freelance.

Autores



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver



Héctor de la Cruz

(Lima, 1990). Bachiller en Sociología por la UNMSM. Dibujante autodidacta tradicional, desarrolla actualmente una serie de dibujos titulada «Tragedia de los Dioses». Ha expuesto su trabajo «Invitación» en la Galería John Harriman del C.C. Peruano Británico.



Índice



| | |
|---|-----------|
| Editorial..... | 07 |
| Esquina patagónica..... | 09 |
| Rincón oscuro..... | 15 |
| El mensaje..... | 27 |
| Un cuerpo para el ángel más bello..... | 31 |
| Monstruos de bronce..... | 33 |
| La píldora negra..... | 39 |
| El baile del átomo..... | 46 |
| Un padre nuestro y un avemaía..... | 60 |
| Súper alienado..... | 66 |
| Muro de honor..... | 69 |



Editorial



Faltando muy poco para que finalice nuestra tercera convocatoria para recibir cuentos, debo agradecer a todos los participantes. Como siempre, la recepción de esta convocatoria ha sido fabulosa. Hasta el momento hemos recibido 128 cuentos, poco más de la primera convocatoria y treinta cuentos menos que la segunda. En total, son 67 autores los que nos han mandado sus relatos, de los cuales nueve de ellos son mujeres. Además, como las veces pasadas, la proporción de autores peruanos, mexicanos y españoles se mantiene. Aunque todavía quedan unos pocos días para mandar sus cuentos. Así que no se duerman en sus laureles.

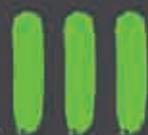
Les recuerdo, una vez más, que su apoyo económico es sumamente importante para la preservación de esta revista. Muchas gracias a todos aquellos que nos han colaborado hasta el momento. No son muchos pero son. Tampoco se olviden, que la versión gratuita de la revista en PDF siempre se libera quince días después de la publicación original. Así que no hay excusas para no leerla.

En este número tenemos nueve cuentos realmente extraordinarios. Para empezar, tenemos el cuento de **Patricio Donato** en donde nos sumergiremos en las extrañas coincidencias que uno puede encontrar en cualquier calle de su barrio. Le sigue la historia de **Pedro Castro**, donde continuamos las fabulosas aventuras de nuestros tres personajes en el mundo de Onírica. Un nuevo y alucinante personaje aparece. **Raúl Sánchez García** nos presenta un relato de una invasión alienígena y del fin del mundo. A su vez, **Marcia Morales** nos introduce en una nueva perspectiva acerca del diablo. Mientras que **Julio Cevalco** continúa con su espectacular saga donde la espera y el desamor parecen cobrar mayor fuerza. De igual manera, **Eduardo Romero** nos lleva a través de la vida de un joven que parece dar un vuelco inesperado con insospechadas consecuencias. En cambio, **Miguel Huertas** nos traslada al espacio sideral en donde la guerra fría ha continuado su curso y las potencias se enfrentan a una nueva amenaza nuclear. **Miguel Ángel Zúñiga** nos entrega una historia de fantasmas, donde algunas almas parecieran regresar por venganza. Finalmente, **Daniel Salvo** describe a un verdadero superhéroe americano, uno que realmente se enfrenta a los grandes males de la sociedad, como lo es la pobreza. Imperdible.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director





CONVOCATORIA

SE RECIBEN CUENTOS PARA LA REVISTA:



COMITÉ EDITORIAL

HÉCTOR HUERTO - DANIEL SALVO - DANIEL ARTEAGA
OTILIA NAVARRETE - CHRISTIAN CAMPOS - SERGIO MARS
TANYA TYNJÄLÄ - VÍCTOR CONDE - MIGUEL HUERTAS
PAOLA ARANA - HANS ROTHGIESSER - ANTONIO CASTRO
GERARDO ESPINOZA

FECHA LÍMITE DE ENVÍO:
VIERNES 3 DE ABRIL
2017

ENVÍO DE CUENTOS A:
RELATOS@ACUEDI.ORG

PARA CONSULTAR LAS BASES:
WWW.RELATOSINCREIBLES.COM



Esquina patagónica

Por: Patricio Donato





Existe una esquina en mi ciudad —y perdónenme que omita su nombre adrede— que aparenta ser igual a las demás. Es una esquina formada por dos calles de una sola mano, con un tráfico normal (si es que existe algo normal en el tráfico de esta ciudad), con comercios y edificios que parecen comunes y corrientes. Incluso el viento, un fenómeno meteorológico inevitable en esta región, es igual al de cualquier punto de la ciudad. Los cientos de personas que pasan cada día por esta esquina no perciben nada extraño, ya que, como mencioné al principio, aparenta ser una esquina más de las muchas de la ciudad. Es razonable que así ocurra, porque la mayoría de las personas que pasa por aquí está concentrada en sus preocupaciones cotidianas y son muy pocos los que se detienen a percibir los detalles de su entorno. Personalmente considero que nos volveríamos locos si quisiésemos recordar los detalles, las sutilezas, los colores y los olores de cada esquina, de cada vereda, de cada calle de la ciudad. Conforme uno conoce más en profundidad esta esquina, más cosas extrañas se descubren.

La gente que vive en los alrededores no suele darse cuenta de estas anormalidades, que suelen ser muy sutiles, o se comporta como si no se diese cuenta de nada. Es como si esta esquina fuese a la vez una y todas las esquinas de la ciudad, como si fuese un punto singular donde confluyen todas las calles, avenidas, automóviles y personas de la ciudad. No voy a mencionar su ubicación exacta porque no quiero que se convierta en un sitio de peregrinaje para los curiosos y los discutibles expertos en pseudociencias.

Con el único objeto de hacer más fluido mi relato, voy a decir que la esquina en cuestión está delimitada por una calle con nombre de provincia (hay veintitrés opciones diferentes) y una calle con nombre de prócer histórico (hay muchos, aunque no todos con el mismo mérito). El portal del edificio donde vivo está situado sobre la calle con nombre de *provincia*, a pocos metros de la esquina. En la esquina misma solo hay un local vacío que, desde hace mucho tiempo, no se puede alquilar (y no me extraña, teniendo en cuenta que se halla ubicado en un punto singular del universo). Creo que hay una docena de esquinas en esta ciudad que se ajustan a la descripción, así que dejo al lector el trabajo de búsqueda e identificación de la extravagante esquina en cuestión. Mientras tanto, les voy a contar algunos sucesos de los que he sido testigo y parte.

* * *

Una noche de verano salí tarde del trabajo y emprendí el regreso a casa. Caminaba con paso tranquilo, disfrutando del aire cálido y la brisa suave del mar. Cuando estaba a unos cuarenta metros del edificio donde vivía en aquel entonces, vi pasar a mi lado a un taxi que estacionó en la esquina de *prócer* con *provincia*. Alcancé a ver que llevaba un pasajero en el asiento de atrás. Seguí avanzando con paso ligero y, a medida que me acercaba a la esquina, empecé a ver más detalles. No voy a decir la marca y el modelo del rodado para no fomentar una paranoia respecto a tal o cual auto en particular; simplemente era un taxi nuevo, de los más típicos, de una automotriz de origen europeo y de aspecto completamente normal. Cuando estaba a menos de diez metros de la esquina, me percaté de que el pasajero en realidad era una mujer y de que se demoraba en el asiento trasero contando el dinero que debía pagar por el viaje. El chofer del taxi era un hombre de unos cuarenta y tantos años, que esperaba pacientemente mientras miraba por el espejo retrovisor.

Cuando sobrepasé el taxi, la mujer que estaba dentro abrió la puerta para bajar y me miró. Yo desvié la vista, como ocurre esas veces en que a uno lo pescan curioseando donde no debe. Miré hacia adelante, seguí caminando y, al doblar en la esquina, tuve esa extraña sensación que los psicólogos y novelistas llaman *déjà vu*.



En la vereda de la calle *provincia* —la vereda de mi edificio— me encontré con otro taxi. La presencia simultánea de dos taxis en la misma esquina no debería sorprender a nadie, pero en este caso la situación era un poco más extraña; ficticia, podría decirse. El segundo taxi era igual que el primero, y no lo digo por el color, que es una obviedad, sino porque eran el mismo auto. Pero cuando digo el mismo auto quiero decir *El Mismo Auto*, no un auto de igual marca y modelo, sino que era un duplicado exacto del primero. El mismo tapizado, el mismo banderín colgando del espejo retrovisor (de River Plate), la misma señal luminosa de «TAXI» a la que le faltaba un trozo en una de las esquinas, las mismas ruedas y llantas. Todo, exactamente todo, igual.

Las coincidencias no terminaban en el auto, sino que eran más evidentes aún en las personas. El chofer del segundo taxi parecía ser hermano gemelo del que estaba al volante del primer taxi. La misma camisa, la misma forma de arremangarse la camisa, el mismo pelo y peinado, las mismas arrugas. El rostro era tan igual que parecía un reflejo del primer chofer devuelto por un espejo.

Pero ahí no acababa el momento surrealista que estaba viviendo. Cuando desvié mi vista hacia la parte de atrás del taxi, vi que bajaba una pasajera que era igual a la de la ocasión anterior. Era idéntica en todo lo que uno se fijase: el rostro, la ropa, la cartera, el cuerpo, los detalles... Todo coincidía en un ciento por ciento con la persona que había visto bajar un instante antes. Los movimientos coincidían, la forma en que descendían ambas mujeres de ambos taxis. Incluso escuché cerrarse ambas puertas a la vez. Debo aclarar que la primera pasajera bajó por la puerta izquierda del primer taxi, mientras que la segunda pasajera lo hizo por la puerta derecha del segundo taxi... como en un espejo.

Yo me había detenido en seco en mitad de la ochava y giraba la cabeza de un lado a otro para apreciar ambos sucesos a la vez. Todo ocurría con la misma sincronización y semejanza que cuando nos movemos frente a un espejo. Sentí que ambos taxis aceleraban a la vez y me quedé expectante, fascinado con la sucesión de coincidencias. Esperé que ambos empezaran a moverse para ver qué ocurría al tratar de cruzar la calle. ¿Chocarían? ¿Desaparecerían? ¿Se fundirían en uno solo? La realidad se mostró un poco más decepcionante, porque ambos taxis giraron de manera opuesta: el de la calle con nombre de *provincia* dobló a la izquierda, siguiendo por *prócer*, y el de la calle con nombre de *prócer* dobló a la derecha, continuando por *provincia*. Todo ocurrió a mucha velocidad y ambos taxis se esquivaron con una naturalidad tan pasmosa que parecían ser cada uno el reflejo del otro.

No sé cuánto tiempo permanecí fascinado con esa escena, pero creo que no fueron más de dos o tres segundos. Luego recordé que no solo los taxis eran idénticos, sino también las respectivas pasajeras. Miré hacia los costados y vi lo que esperaba ver: ambas mujeres habían caminado unos pasos hacia atrás, una por la calle *provincia* y otra por la calle *prócer*, y habían entrado en dos casas diferentes ubicadas en cada una de las calles.

Cuando pude reaccionar, sacudí la cabeza y noté que no había nadie más en ninguna de las veredas ni venía ningún auto por ninguna de las dos calles. Sentí un leve escalofrío y me puse en marcha con paso nervioso. Caminé los escasos metros que me separaban de mi edificio, entré y subí al ascensor. Llegué al departamento y encontré a mi mujer poniendo la mesa. Me sonrió y me preguntó que qué tal me había ido en el trabajo, e inmediatamente me preguntó si me sentía bien, porque decía que tenía una mirada extraña. Sacudí la cabeza y le dije que no pasaba nada, que estaba cansado y que necesitaba ir a dormir temprano.

A partir de ese día empecé a observar con más atención lo que sucedía en la esquina de mi departamento, y descubrí que ocurrían sucesos extraños mucho más a menudo de lo que nunca supuse. Las coincidencias de los taxis eran las más frecuentes, y lo más maravilloso es que no siempre era el mismo taxi de la primera vez, aunque sí el más habitual. Los choferes y los pasajeros cambian según un patrón que no he podido determinar, aunque ya detecté algunas repeticiones. La mujer que vi la primera vez y otro hombre que siempre va con traje negro son los que más se ven. También he visto repartidores de correo idénticos, que entregan la correspondencia en esquinas opuestas y que se mueven como si de imágenes reflejadas en un espejo se trataran. Incluso creo que hay un chico (bueno, en realidad son dos) que viene en bicicleta por *provincia* y al llegar a la esquina casi se choca con otro que viene por *prócer*. Ambos se miran y permanecen quietos un rato, hasta que cada uno dobla en sentido opuesto (uno a la izquierda y otro a la derecha); se evitan, tratan de ignorarse, como si la absurda idea de una existencia similar a la de un espejo fuese exactamente eso: absurda.

* * *

Llegados a este punto del relato, se preguntarán a dónde quiero llegar con todo esto. Es más: posiblemente algunos hayan abandonado este texto en el primer párrafo, por lo que no estarán al tanto de esta peculiar anomalía que se da en el seno de la ciudad. Quienes han seguido la historia hasta aquí se preguntarán por qué estoy tan atento a todos estos pequeños

detalles, que normalmente se pasarían por alto. Bueno, ocurre que han sucedido algunas cosas significativas que me preocupan y que me han vuelto más observador.

Hace unos meses terminaron de construir el edificio que está en la esquina diametralmente opuesta a la mía, el cual también tiene cuatro pisos al igual que el bloque donde vivo. Se ocuparon los departamentos de forma gradual, a lo largo de los meses, hasta que por fin vi luces en la vivienda que se correspondía a la imagen reflejada de la mía. Un día por la tarde, hace unas pocas semanas, salí al balcón antes de que las últimas luces de sol se extinguiesen en el horizonte urbano, con un mate amargo en una mano y la pava caliente en la otra. Contemplé la calle, el ritmo de la ciudad, que alcanzaba su clímax crepuscular, las ventanas aún abiertas que desvelaban los interiores de los departamentos, y hasta el cielo que se tornaba negro con lentitud. En un momento mi vista se posó en el edificio de la otra esquina, más precisamente en el segundo piso, buscando quién sabe qué cosa, hasta que la encontré... o, mejor dicho, hasta que *me encontré*.

En uno de los balcones del segundo piso estaba yo mismo, mi doble perfecto, la imagen de mi espejo, que me miraba con la misma sorpresa con la que yo lo miraba (o que yo *me miraba*). Él y yo, yo y él, nos quedamos mirándonos, atónitos, con la pava colgando de la mano derecha y un mate a medio tomar en la mano izquierda. Sentí que el tiempo se detenía, no escuché nada más y solo veía mi propia imagen allá, en aquel edificio tan parecido al mío. En un momento logré reunir la suficiente fuerza de voluntad para moverme y entré con gran urgencia de nuevo al departamento. Tiritaba, a pesar de que era una cálida tarde de primavera. Me dejé caer en el sillón mientras trataba de convencerme de que no había visto lo que acababa de ver. Sentí que ya no era uno, que cuanto yo consideraba mío o privado en realidad era solo una mitad de un mismo todo que compartía con una extraña aparición imposible de explicar para mi limitado raciocinio.

Después de este incidente cambié mi actitud: me volví más temeroso, más vigilante y más neurótico. Acepté finalmente la idea de mi mujer de alquilar una casa más alejada del centro, en un lugar más tranquilo y menos bullicioso. Nos mudamos hace unos pocos días a una casa sencilla de un apacible barrio residencial, lejos de las avenidas y del ritmo intenso del centro. La vivienda, por una de esas casualidades del destino, está sobre una calle con nombre de *provincia* (distinta a la anterior), a unos metros de la esquina donde —vaya ironía— se encuentra una calle con nombre de *prócer* (distinto al anterior, de menor importancia a juicio de la historia). He verificado con especial atención los alrededores y no encontré nada fuera de lo normal. Parece ser una típica esquina de un barrio poco transitado: pocos autos, poca gente, poco ruido.

* * *

Parece que finalmente hemos vuelto al imperio de la razón y la normalidad. Pero aún no me olvido de los taxis gemelos, de los carteros, de las personas idénticas que se mueven en forma opuesta, ni tampoco puedo olvidarme de mí mismo, de mi doble, de mi reflejo confundido y aturdido. Todas las noches sueño con el balcón y me veo desde ambos ángulos y no sé dónde me encuentro. ¿Cuál de los dos soy yo? ¿Cuál de los dos es él? ¿Quién es el reflejo de quién? ¿Quién disfruta del libre albedrío y quién debe repetir los movimientos y las acciones como una triste marioneta sin voluntad? Aún no encontré las respuestas, ni creo que las encuentre, pero confío en que el tiempo me ayude a olvidar todo esto y a aceptar la realidad tal como es: sin dobles, sin paradojas imposibles y sin gambetas fantásticas para excusarme de la vida.

FIN

Post scriptum: Hoy volvió mi mujer del supermercado y cerró la puerta de un golpe. La vi demacrada y pálida, pero se excusó con el pretexto de que estaba levemente descompuesta. Luego la encontré mirándose al espejo con una expresión de miedo, buscando detalles invisibles. No me contó nada, pero su mirada de perplejidad lo dice todo.

Parece ser que en esta ciudad hay más de una esquina que no se rige por los patrones de la lógica y la cordura.



**LIMA
SHOW**

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

/LIMASHOWBTL

SPX/NEUSUD

Rincón oscuro

La saga de Onírica

Parte 3

Por: Pedro Castro





Todo era oscuridad.

—Agh... Mi cabeza...

Bueno, oscuridad y dolor de cabeza.

Alejandro Máximo, un joven estudiante universitario como cualquier otro, recordaba haberse sentido de la misma forma cuando despertaba luego de haber bebido y fumado demasiado. Esos horribles dolores de cabeza, más que las náuseas y el malestar general de una resaca, fueron la razón por la que dejó de fumar.

—Bien. Ya está pasando —se dice mientras se masajea las sienes suavemente.

Al sentirse mejor, abre los ojos. «OK... Sé que tengo los ojos abiertos... ¿Por qué todo sigue oscuro, entonces?», piensa en medio de las insondables tinieblas.

—Mmm... Oigan, ¿están ahí? —oye decir de pronto a una voz suave, varonil y conocida no muy lejos de él. «El conejo». El futuro ingeniero químico reacciona y lleva una mano a su bolsillo para coger su celular y accionar la aplicación de linterna. Con su luz comienza a buscar la fuente de la voz y no tarda en dar con un bulto oscuro, que resultó ser nada más y nada menos que el pequeño conejo guerrero.

—Archibald... —dice Alejandro, acercándose a la criatura de pelaje y armadura negros, notablemente aliviado al saber que al menos no está solo en donde sea que esté en este momento. Al oír su nombre, las orejas largas de Archibald se mueven en dirección al joven, antes de dirigirle sus grandes ojos rojos.

—Ah, señor Maxi, me alegra que cuente con algo de iluminación —dice el conejo, sonriendo mientras se pone de pie con notorio esfuerzo—. ¿Ha visto a nuestra elocuente compañera?

«Bonita forma de decir que nunca se calla», piensa Alejandro. Aunque admite para sí que oír la aguda y femenina voz de Flavy era mucho mejor que el silencio abrumador en que estaban sumidos.

—Aquí estoy —oyen decir débilmente a la voz de su compañera.

Un tenue brillo azulado, proveniente de la gema en su cuello, marca su posición. Al iluminarla con su linterna, ven que la pequeña y parlanchina ave de plumaje anaranjado y azul se encuentra desparramada en el suelo, boca arriba; sus ojos lucen apagados. Los dos se acercan a preguntarle si se sentía bien.

—No, realmente... —responde ella—. Me siento muy cansada.

—Mmm... Yo igual —comenta Archibald. Alejandro, al ver que Flavy no tenía la menor intención de levantarse por su cuenta, deja su celular en la garra mecánica de Archibald y recoge a la colorida ave. Felizmente no es muy grande, pero las largas plumas de su cola hacen un poco difícil el llevarla. Ella se lo agradece con un susurro, acurrucándose en sus manos.

Una vez todos juntos y despiertos, era hora de estudiar su situación. Archibald comenzó a explorar el lugar con el celular de Alejandro, iluminando las inmediaciones. Se encontraban en una especie de contenedor de cristal cuyo techo estaba tan lejos que la luz del dispositivo no lo alcanzaba. Afuera, extendiéndose hacia las distantes tinieblas que el haz del celular no llegaba a iluminar, se podían ver filas interminables de contenedores similares; todos elevándose hacia un techo inescrutable y con lo que parecía un pedestal de piedra en frente. La mayoría de los tanques presentaban signos de daño, desde finas rajaduras solo visibles bajo la luz del celular hasta grandes agujeros rodeados por una maraña de fisuras. Y aquellos escasos que lucían intactos albergaban formas oscuras dentro.

¿Cómo es que habían acabado aquí? Ninguno de los tres podía recordar algo más allá de haber estado caminando por una simpática playa en el mundo de los espíritus, en Onírica. Aunque Flavy recordaba vagamente haber sentido una gran fuerza tirar de ella hacia abajo, antes de que todo comenzara a dar vueltas y el mundo se volviese oscuro, solo para despertar en este lugar sintiéndose fatal.



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es

BBVA Continental cuenta soles:

0186-0100038954-42

—Y aún no me siento muy bien, pero al menos creo que ya puedo volar por mi cuenta —comenta la estirge, mientras alzaba el vuelo y se mantenía en un punto batiendo rápidamente sus alas—. Pri... Oigan... ¿Alguno me puede invitar a un poco de sangre? Si es que sus cuerpos de *alien* tienen, claro —pregunta de pronto, sonando aún bastante cansada.

—¡¿Qué?! —exclama Alejandro, con una mirada incrédula y perturbada. El señor Archi, por otro lado, solo levanta una ceja y dice:

—Había escuchado que las estirges eran aves hematófagas... Así que era verdad. —No se le escuchaba particularmente tranquilo ante esta revelación.

Alejandro recuerda que el guerrero Lapin le había dicho eso cuando estuvieron en esas torres. «No lo hace menos espeluznante, pero si lo ves como una transfusión de sangre...», se dijo Alejandro, tratando de no asustarse.

—Oh, vamos, chicos, sé que apenas nos conocemos y todo, pero de verdad creo que me puede hacer bien... A menos que tengan sangre tóxica o algo así. —Si lo dijo en broma, no se notaba; es más, parecía que se iba a caer de un momento a otro.

—Bueno, supongo que no es un gran problema —dice pensativamente el conejo. Entonces, dirigiéndose a Alejandro con su familiar sonrisa colmilluda, tan incongruente con su aspecto de conejo, agrega—: Señor Maxi, si es tan amable...

—¡¿Yo?! ¡Dale de la tuya! —El joven académico se giró a ver el alargado y puntiagudo pico del ave al darse cuenta de que ella lo pincharía con él. «Ay, mamá...», piensa, incapaz de contener un escalofrío, pues, como cualquier humano ordinario, él también sentía aversión por las agujas.

—Créeme que le daría de la mía si no me sintiera mal yo mismo —responde Archibald, su sonrisa se aligera en una de disculpa.

«Ah, qué conveniente», piensa Alejandro con fastidio, recordándose que él mismo tuvo esa impresión de él también. «Y bueno, no solo soy el más grande de

los tres, personalmente, no me siento mal; así que, si alguno puede soportar el perder algo de sangre, ese sería yo...». Derrotado, Alejandro se remanga el brazo derecho de mala gana. «Agradece que es solo sangre y no tu cerebro... Malditas biología extrañas de alienígena», se dice.

—Acabemos con esto —dice con un suspiro. Luego indicó en su brazo el punto donde recordaba que le habían colocado inyecciones varias veces a la pequeña ave, cuyos ojos brillan con hambre y alegría. Ella se dirige hacia él, pero no va a su brazo... ¡¡Vuela directamente hacia



su cuello!!—. ¡O-Oye! ¡NO, ESPERA! —Pero Flavy es mucho más rápida que él. Ni siquiera termina de exclamar sus palabras cuando siente una ligera punzada en su cuello... a lo que sigue inmediatamente la relajación.

Él comenzó a sentirse ligero, como si flotara. Sus problemas se desvanecían en el olvido, se mente se quedaba en blanco; apenas era consciente del casi rítmico sonido de la succión de Flavy. «¿Qué me está pasando? ¿Acaso se sentirá así el echarse en las nubes?», se pregunta Alejandro, sumido en este estupor, inconsciente de que Flavy se había parado sobre su hombro. Y tan repentinamente como empezó, la sensación termina. Se siente aletargado solo por un instante más antes de volver a sus cinco sentidos, justo a tiempo para escuchar a la estirge darle las gracias con lo que parece su ánimo ordinario. Al verla, incrédulo, nota la diferencia: Flavy vuela perfectamente bien y su mirada ha recuperado su usual vitalidad... El que la punta de su pico esté manchada de rojo no le perturba tanto como hubiera esperado.

—¿Se encuentra bien, señor Maxi? —pregunta el conejo, mirándolo con una expresión entretenida—. Porque parecías pasarlo bien.

—Sí... No... no fue tan malo como esperaba, señor Archi —responde él sin estar muy seguro de ello, frotando su cuello instintivamente, pues ni siquiera sentía dolor o comezón.

—¡Bien que te gustó! —dice Flavy con fingido orgullo—. Pero, en serio... Gra-gracias... —dice ahora tímidamente, algo que no parecía típico de ella—. Tu... tu sangre es deliciosa... —Sacude su cabeza mientras Alejandro le dirige una mirada perturbada antes de agregar—. ¡M-más bien! ¡Les agradecería que no mencionaran esto a otros estirges! ¡Podrían hacerse ideas raras! —dice, riendo avergonzada y confundiendo visiblemente a los varones frente a ella.

Alejandro tiene la impresión de que la pequeña ave debía de estar sonrojándose bajo sus plumas. Pero justo cuando va a preguntar a qué se refería, ambos notan cómo las largas orejas de Archibald se mueven de un lado a otro, tal como suelen hacerlo cuando captan algo. Cuando le preguntan sobre qué escucha, él solo responde que algo se acerca, mientras apunta la luz del celular hacia la derecha del tanque en que están. Al rato, ordena a Flavy algo que confunde a Alejandro:

—Flavy, necesito que nos regreses a Onírca, ¡ahora!

«¿Regresar a Onírca? ¿No estamos ya ahí?», se pregunta el estudiante, al tiempo que se giraba hacia la aludida, quien asiente y levanta sus patitas. Parece que hará magia, y entonces...

¡ZAP!

—¡¡KUUAAA!!

—¡FLAVY! —gritan ambos al ver cómo un deslumbrante rayo verde golpeaba el diminuto cuerpo de la estirge. La luz parecía provenir de lo más alto del tanque de cristal. Ambos corren hacia su pequeña forma en el suelo, y en los escasos pasos que les toma llegar a ella comienzan a oír los extraños ruidos que ahora inundan las tinieblas. Ruidos húmedos, guturales...

¡¡GROOAHHRGLGL!!

Eran muchos y venían de todas partes. «¿Qué es eso?», piensa el estudiante, que sentía escalofríos recorrer su espalda ante los extraños sonidos, ruidos que se hacían más y más fuertes. «Tenemos que salir de aquí...», concluye, haciendo su mayor esfuerzo para no entrar en pánico. Sin dudar, tomó a la estirge en sus manos. La criatura respiraba, gracias a Dios, pero había vuelto a adoptar ese aspecto débil con el que la vio despertar... De hecho, ahora se veía aún más frágil que antes, temblando y respirando agitadamente. El conejo toma el arma de Alejandro de un tirón y, sin previo aviso, dispara contra la pared de vidrio con la munición explosiva. El cristal estalla en una estruendosa conflagración.

—Salgamos de aquí —ordena en voz baja. Sus ojos rojos brillaban levemente en la oscuridad, furiosos. El estudiante asintió, entendiendo su ira. Así, mientras abrazaba a Flavy con un brazo, se puso de pie y siguió al guerrero fuera del tanque. Fuera lo que fuese lo que estuviera causando esos escalofríos sonidos, estaba acercándose, y mejor que no los cogiera completamente a oscuras.

Ambos corrieron por entre los contenedores y los pedestales, sin rumbo, solo hacia adelante. El propio Alejandro se dio cuenta de que no tenían ningún plan, de que simplemente estaban huyendo por puro instinto y sin saber a dónde. Y entonces...

Prat Prat Prat PRAT PRAT...

Oyeron las pisadas, seguidas de un espeluznante chillido a su derecha.

¡¡GYAAAAAAGH!!

¡¡BLAM!!

Sin ver siquiera, Archibald disparó hacia su derecha. Alejandro se cubrió con su brazo libre, en su mejor esfuerzo por no detenerse y seguir detrás del conejo negro. Los espantosos ruidos de la habitación solo se hicieron más fuertes, más constantes, más hostiles, y las pisadas, más frenéticas. «Maldita sea... ¡Maldita sea!», pensaba Alejandro, que quería llorar... Era como volver a estar en la torre del Olvido. ¿Por qué le seguían pasando estas cosas?

Llegan a lo que se ve como una larga hilera de contenedores que marcan el fin del camino por lo pegados que estaban entre sí. Sin embargo, ve a su compañero girar hacia un lado. Él lo sigue, aunque no sin antes tener un atisbo de algo en la oscuridad gracias a la luz de la linterna que el pequeño *alien* sujetaba ahora con su boca. Apenas pudo distinguir una forma bastante grande, grande como un automóvil, que giraba en la dirección del conejo por entre los tanques que ahora tenía al lado... «¡Oh, Dios! Pero ¡¿qué era ESO?!», pensó él, con sus ojos abiertos de par en par y un vacío que crecía en su cuerpo. Su corazón latía con fuerza.

—A-Alejandro... —escucha Alejandro que dice un murmullo procedente de debajo de él.

—¡Flavy! —exclama él a pesar de sí mismo, feliz de al menos verla despierta.

—Por... por favor... Dame... —dice ella débilmente, temblando como si tuviera frío. Pero él ya sabe lo que le va a pedir.

—¡Tómala! ¡Solo no me adormezcas! ¡Nos persiguen! —Y un rugido gutural bastante cercano se deja oír, aseverando sus palabras.

Alejandro acerca la estirge a su cuello sin detenerse ni perder velocidad. Ella susurra algo antes de hacerlo... y esta vez él siente la punzada, pero no la relajación; la adrenalina le permite ignorar el dolor.

—¡Con un demonio! —oye que exclamaba furiosamente Archibald cuando llegan a lo que parece otra hilera de tanques que indican otro pasillo sin salida. El guerrero dispara a algo en la oscuridad y la explosión destruye varios contenedores y alumbra los alrededores, revelando tras los tanques varias de esas cosas que corrían a cuatro patas hacia ellos. «Demonios, ¡¿dónde está la maldita salida?!», piensa histéricamente Alejandro.

Al frente ve cómo Archibald le dispara a algo a su izquierda... justo al mismo tiempo que algo más le salta desde la derecha y lo derriba.

¡Tac, tac!

—¡Archibaaald! —exclama Alejandro. Sus palabras se pierden en el caos de ruidos de la cámara. Corre hacia donde desapareció el conejo, pero no puede ver nada... salvo por la luz de su celular, a unos pasos delante de él.

Con Flavy aún alimentándose en su cuello, el conejo en peligro, y rodeado por la oscuridad y esos horrendos sonidos, el joven estudiante se apresura en coger su dispositivo para buscar al guerrero de su grupo, rogando a Dios que el pequeño se encuentre bien. Entonces nuevos sonidos llaman su atención: rugidos y golpes húmedos, rápidamente seguidos por un fuerte ¡CRASH! y gemidos desagradables.

Alejandro apunta con su luz a la fuente del sonido, y logra iluminar a uno de sus perseguidores por una fracción de segundo, antes de que la bestia se levante de entre los restos destrozados del tanque contra el que se había estrellado en una carga salvaje contra alguien...

¡¡GRRROOOOOAAAAWWLLL!!!

—*¡¡¡AAAHHHH!!!!*—grita aterrado Alejandro al sentir un rugido en su espalda. Luego dio un salto y cayó aparatosamente. Se apresuró en encarar la amenaza por instinto, con la mente en blanco, el cuerpo temblando y sus dientes castañeando incontrolablemente...

¡¡FWOOOHH!!

¡¡GYAAAHHH!!!

No se da con una criatura de pesadilla, sino con una descomunal columna de fuego... Y, entre las llamas, una amorfa silueta oscura es la única evidencia de que es su perseguidor el que arde dentro de ellas. Se agitaba y se estrellaba contra los tanques desesperadamente, en un esfuerzo vano de apagar el fuego que le consume, la bestia se aleja de ellos hasta caer inmóvil unos metros más adelante...

—¡Alejandro! ¡¿Estas bien?!—Era la preocupada voz de Flavy. Siguió la dirección de su voz y no tardó en ubicarla por el brillo de su gema: ella estaba volando por encima de él.

—¡Sí! ¡¿Tú-tú hiciste eso?!—pregunta él, al tiempo que ve cómo más fuego aparece entre las pequeñas garras de la estirge, iluminando el entorno brevemente antes de elevarse más y lanzar una potente llamarada contra algo que venía hacia ella.

La cosa se enciende en pleno vuelo y se estrella contra otro tanque, lanzando lamentos y gemidos ensordecedores mientras se retuerce en agonía entre el vidrio y las llamas. «Increíble», piensa él, asombrado ante lo que la pequeña criatura era capaz de hacer... Parecía increíble que hacía poco hubiera estado vulnerable y acurrucada en su regazo.

El fuego, aún ardiente en los cuerpos chamuscados de las víctimas de la estirge, ahora iluminaba mejor el lugar. Multitud de formas se movían tras los tanques, pero parecía que ya no los perseguían... Simplemente se movían frenéticamente entre los contenedores, lanzando más rugidos y chillidos hacia ellos, moviendo sus extremidades delanteras violentamente, aunque no se podían distinguir detalles. De pronto, una sombra pasa por encima de ellos, poco antes de que algo caiga más adelante, destrozando más contenedores ruidosamente y golpeando a algunas de las criaturas.

Un fulgor rojizo detrás de Alejandro capta su atención: era Archibald, quien tenía cogida a una de esas cosas con los largos tentáculos de luz roja que podía proyectar de sus manos. «¿Qué clase de monstruo es ese?», se pregunta el joven, que miraba con morbosa fascinación un rostro que sin duda vería en sus pesadillas de ahora en adelante: una cara cubierta por una piel callosa; un par de cuencas oscuras donde deberían estar los ojos y una boca hecha de cuatro mandíbulas dispuestas en aspa, cubiertas de hileras de pequeños y filosos colmillos amarillentos que se abrían y cerraban al tiempo que producían sonidos asquerosos y obscenos con ayuda de la lengua, similar a un gusano que golpeteaba contra las mandíbulas lanzando su inmunda saliva por todas partes...

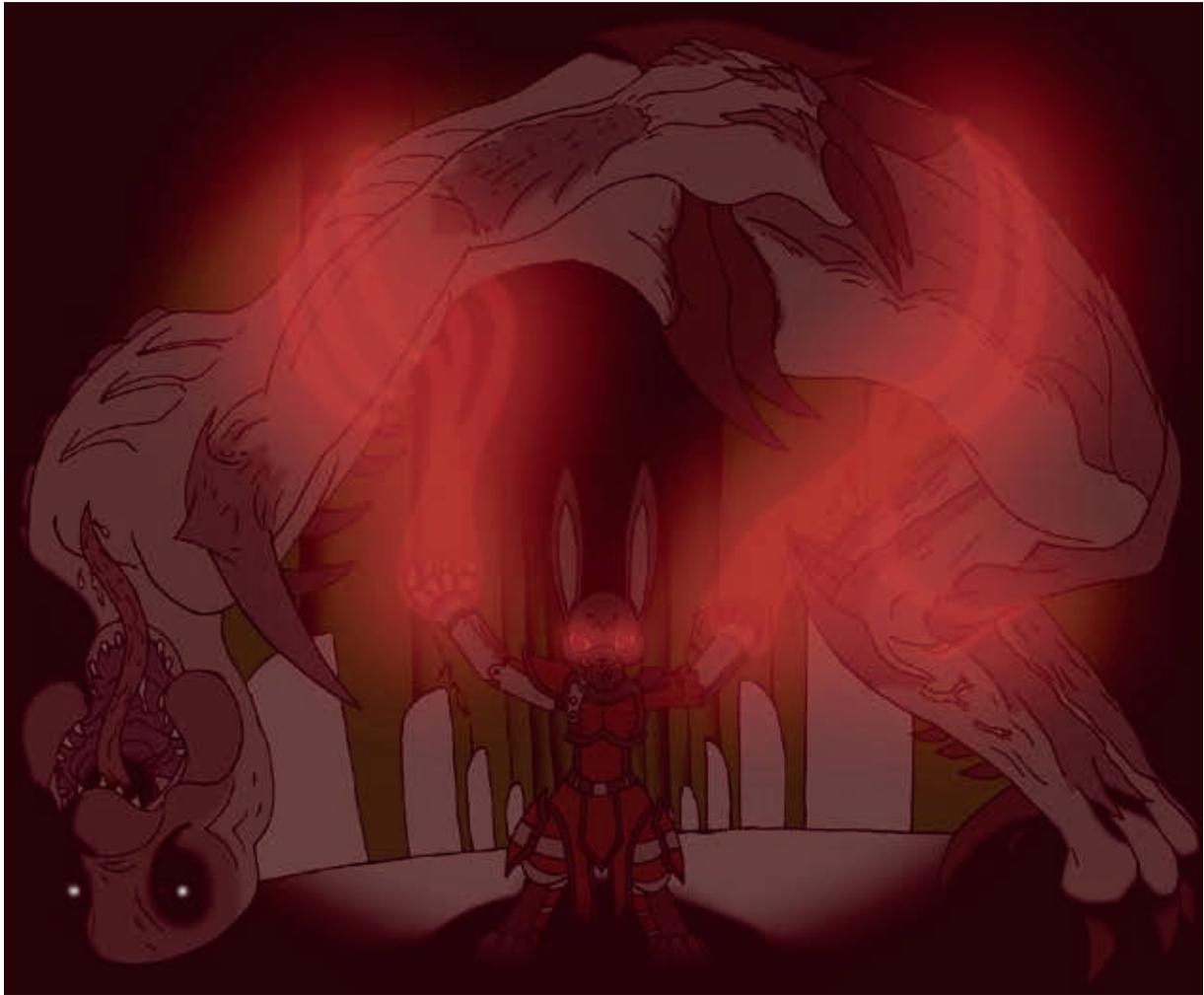
Archibald tenía una expresión endemoniada en la cara: sonreía como un lunático; y sus terribles ojos rojos refulgían cargados de sadismo y odio. Sin más ceremonias, hace un ademán violento con sus brazos abiertos de lado a lado y, siguiendo el movimiento, los apéndices rojos que brotaban de sus manos se separan aún más: los rayos parten a la abominación que sujetaban en dos. El estruendo de la carne y los huesos al romperse resuena en los oídos de los horrorizados observadores, como si acallara todo lo demás. Las vísceras de la bestia caen enfrente del Lapin mientras la criatura lanza un último y lastimero gemido.

—Señor Archi... —dice Alejandro en voz baja, horrorizado.

—Archi... —escucha decir a Flavy, también por encima de los ruidos de las bestias que los rodean.

—Lo siento, amigos... pero estos malditos me pusieron de malas... —dice él, aún sonriendo y mostrando sus colmillos.

Lo siguiente que hace es arrojar los restos de la bestia hacia sus congéneres con fuerza, golpeando a algunos. El sonido de vidrios al romperse y las criaturas agitándose y rugiendo inunda la sala nuevamente. El conejo suelta un suspiro y, viéndose satisfecho consigo mismo, agrega:



—Por cierto, me alegra que estén bien... Y mírate, Flavy, no sabía que podías hacer ese tipo de cosas. —Se le oye honestamente impresionado, mientras apuntaba a los restos aún ardientes de las criaturas que ella había incendiado.

—¡Pri! ¡Si eso te asombra, espera a ver esto! —dice ella, confiada, recuperándose con rapidez de su horror.

Y de pronto su cuerpo se envuelve en llamas, llamas que se separan de ella y se elevan hacia lo alto, iluminando la sala como un pequeño sol justo antes de estallar. Una lluvia de fuego cae sobre todo el lugar. Las bestias se agitan tratando de huir desesperadamente de los ardientes proyectiles que se precipitan contra ellas, y las que no estallan en llamas logran desaparecer por agujeros en las lejanas paredes visiblemente rocosas.

Archibald aplaude y Alejandro lo sigue, ambos asombrados. «Si ella podía hacer este tipo de cosas, ¿por qué no se habrá enfrentado al Olvidado?», se preguntó sin más remedio, pero probablemente se debiera a que esa criatura era algún tipo de entidad mágica antigua, mientras que estos seres... ¿Qué eran exactamente? Si ya no estaban en Onírca, ¿estas criaturas entonces no eran espíritus?

—¡Bravo, milady! ¡Eso fue sin duda extraordinario! —exclama el conejo; su rostro mostraba tranquilidad, aunque sus ojos brillaban con admiración sincera.

—Nada mal para una urraca mágica —comenta Alejandro, que se sentía mucho más tranquilo ahora que las bestias se habían ido.

—¡Gracias, gracias, chicos! —dice ella con orgullo—. ¡Y todo gracias a tu sangre, Maxi! —agrega, posándose sobre la cabeza de Alejandro Máximo. Se puso cómoda, como si le perteneciera... Alejandro no hace nada al respecto porque, pese a que le ha costado sangre, ella los ha salvado a todos.

—Lo que sea... Nos hemos salvado de esas... cosas... pero seguimos en este lugar —dice él.

—Sí, quizá deberías intentar llevarnos a Onírica nuevamente, Flavy —dice Archibald. El estudiante recuerda inmediatamente lo que pasó la última vez que le dijo que intentara eso, y, a juzgar por cómo a ella le tiembla levemente su cabeza, ella lo recuerda muy bien también. Y cuando ella está por hablar, la gema de su cuello comienza a brillar...

—¡AL FIN! —Una desconocida voz femenina los hace saltar de la sorpresa. Bueno, solo a él y a Flavy; las orejas de Archibald se mueven como radares mientras él comienza a buscar con la mirada el origen del sonido—. ¡Oops! ¡Lo siento, no quería asustaros! —Silencio—. *Ahm*, ¿me oyen? ¿No?

—¡Fuerte y claro! —exclama Archibald, mirando hacia el techo.

—Bien —respondió la voz con alivio.

Sin darles tiempo a preguntar por nada, les pide que la esperen donde estaban, pues la dueña de la voz estaba en camino. Cuando Archibald pregunta por qué deberían hacerlo, ella responde, como si se tratara de lo más obvio, que ella es su única esperanza de salir de este lugar. Flavy inmediatamente votó por esperar a la misteriosa dueña de la voz, y Alejandro se vio apoyándola. El recuerdo del rayo verde que golpeaba a la pequeña estirge aún estaba demasiado fresco en su mente. Archibald, viéndose superado dos a uno, solo sonrió como si los dos fuesen unos niños y accedió a esperar. Así, los tres esperaron en el tenso silencio de la cámara, iluminados por las aún ardientes llamas que consumían a las criaturas que Flavy había quemado.

Sin embargo, no esperaron demasiado tiempo. Un destello surgió de las tinieblas llamando su atención. Los tres se pusieron en guardia... o, bueno, Flavy y Archibald lo hicieron; Alejandro estaba desarmado aún. El conejo ya tenía sus letales anillos flotando sobre su cabeza, mientras que la pequeña ave había creado una pequeña llama entre sus garras. El destello venía hacia ellos, iluminando los tubos de cristal que los rodeaban y los cuerpos de las bestias que el señor Archi había masacrado cuando lo perdieron de vista.

—Bajen la guardia, señores, les aseguro que todo está bien —dice de pronto la voz anterior que, por lo visto, provenía del objeto luminoso. El susodicho acabó enfrente de ellos, aparentemente ignorando el hecho de que sus interlocutores aún estaban con la guardia en alto—. ¡Oh, vamos! ¡No les haré nada malo! —dice el ente luminoso, al mismo tiempo que comienza a disminuir la intensidad de su brillo. Alejandro no estaba seguro de qué pensar de la criatura, pero definitivamente no se parecía en nada a esas cosas que los habían atacado.

—No irás a decirnos que eres un hada, ¿verdad? —suelta el estudiante, incapaz de contenerse. Efectivamente, la criatura tenía un aspecto reminiscente a la imagen popular de un hada: una pequeña criatura que se podía describir fácilmente como una chica con alas de mariposa que además brillaba. «¿Quién podría olvidarse de Campanita?», piensa Alejandro al verla.

—¡Anda! ¡Si conoces a mi gente! —dice ella con una notoriamente fingida sorpresa en la voz, a la vez que llevaba sus pequeñas manos a los lados de su cara. Tanto Archibald como Flavy se giran para ver al humano con los ojos bien abiertos, expresando su propio asombro.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Tu gente conoce a estos seres? —pregunta el guerrero Lapin. «Suenas como si fuese algo demasiado increíble para ser verdad», piensa el señor Maxi, quien se sentía algo ofendido por algún motivo.

—¡Por supuesto que nos conoce! —asevera el hada y, con una sonrisa que mostraba un par de colmillos muy vampíricos, agregó—: La Tierra, el planeta de los humanos, fue uno de los pocos mundos en que no pudimos permanecer ocultas, después de todo.

«O sea, que ¡¿ las hadas de las historias fueron reales?!». Alejandro Máximo estaba sorprendido por este pequeño e inesperado trozo de información y, por las caras de los demás, no era el único. Aprovechando la guardia baja de los tres, el hada se acercó volando al joven y, antes de que alguno pudiera reaccionar, tocó su nariz con uno de sus pequeños dedos en un gesto acusatorio. Se sentía más frío de lo que habría imaginado para un ser luminoso.

—Ustedes, los humanos, son patéticos; no me explico cómo echaron a mis ancestros de su mundo. Pero eso no importa ahora... —dice alzando los hombros y, luego, alejándose de los tres—. Lo que más importa ahora es que están aquí.

El señor Archi es el primero en encontrar su voz:

—Y ¿dónde, exactamente, es «aquí»?

El hada recuesta la nuca sobre sus brazos cruzados al tiempo que cruza las piernas; lucía como si estuviese sentada en un sofá invisible en medio del aire. Como si no fuera gran cosa, responde:

—«Aquí» es el laboratorio de investigación genética de...

Y en ese momento salieron de su boca sonidos extraños que Alejandro no pudo entender. De tan solo intentarlo le dio jaqueca y, por cómo Flavy agitaba su cabeza y Archibald se llevaba la pata delantera a la frente, podría jurar que los demás estaban pasando por lo mismo. El hada rio; parecía más una vampiresa sádica que una adorable hada. «Aunque... Las hadas de la mitología europea no eran precisamente amigables, ahora que lo recuerdo», piensa Alejandro, de pronto algo más preocupado.

—Lo siento, ¡lo dije a propósito! —dijo el hada, como alguien que acaba de contar un chiste. Una vez se detuvo su risa aclaró—: Ya saben, palabras incomprensibles para intelectos inferiores y todo eso.



«*Agh...* Ya me estaba demorando demasiado en encontrar a uno de esos *alien*», piensa el joven estudiante, fastidiado. No tardó en recordar que esa actitud de «superioridad» era la característica más cliché que aplicaban a los extraterrestres de las series antiguas. Curiosamente, sentía que ahora podía ver a la criatura frente a él con mayor claridad. Su piel era completamente blanca; no como la de un albino, sino blanca como el mármol. Tenía cabellos también blancos como su cuerpo, carecía de nariz y de su frente brotaban antenas muy parecidas a las de los insectos...

Sin embargo, dos cosas llamaban la atención. Una era su traje, bastante pegado a su cuerpo de anchas caderas y poco pecho. Era de un color que él no podía describir. Lo otro en que se fijó fueron sus ojos; Alejandro podría jurar que, si ella dejara de brillar, podría ver un caos psicodélico de colores en los ojos de la criatura... Tan solo verlos por unos instantes le causaron otro dolor de cabeza. «Vaya... Esta sí que es una *alien* extraña... Hadas, ¿eh?», piensa el joven humano, frotándose la cabeza.

En ese momento, Alejandro no pudo evitar pensar que, de los cuatro presentes, él era el menos interesante: uno era un conejo que podía crear tentáculos de luz roja con los que sujetar cosas mucho más pesadas que él; la otra era una colorida ave que podía hacer magia; y la última era una pequeña chica que brillaba, vestía ropas de un color indescriptible y tenía ojos psicodélicos... Comparado con ellos, lo único destacable de él como humano era su altura. «Malditos *alien* y sus aspectos exóticos».

—Bueno, ya en serio: este lugar fue un centro de investigación genética de mi gente... Y por lo que vi en las cámaras de seguridad ya se toparon con el resultado de los experimentos —dice ella, ahora en un tono más serio.

—¿Ustedes crearon esas cosas?! ¿Por qué?! —pregunta Flavy, robándole las palabras de la boca al señor Maxi.

—Es secreto. Solo digamos que ya no los queremos ver, así que me enviaron a acabar con este lugar —responde el hada.

—Eso no explica qué hacemos aquí —dice Alejandro—. Si hacen experimentos genéticos en este lugar, entonces ¿cómo es que llegamos aquí? ¿Cómo nos sacaron de Onírica? —Y, mirando a la estirge a la que había estado dando de su sangre, agrega—: ¿Y por qué le caen rayos verdes a ella cuando trata de usar su magia para devolvernos allá?

El hada insiste en que es secreto y agrega que, si se lo dice, luego tendrá que borrarles la mente o algo peor. Esta vez, Archibald interviene:

—Solo dínoslo, o ese no será el único dato que te saquemos por la fuerza —dice serenamente, con una sonrisa que ocultaba sus dientes y los ojos cerrados. Es increíble lo lindo que el temible guerrero se ve sonriendo así.

—*Pfff*, ¿crees que me intimidas, lindura? Por favor... —responde el hada, riéndose con sorna.

Archibald no dejaba de verse adorable; pero Alejandro de pronto sentía que debía alejarse de él... Y Flavy aparentemente también sentía lo mismo, porque ahora estaba oculta detrás de él, apoyada sobre su hombro. Algo en su aparente serenidad les daba mala espina, como la calma antes de la tormenta.

—Hagamos esto: les cuento algunos secretos y les ayudo a salir a cambio de su colaboración... Pensaba sacarlos de aquí y seguir con mis cosas, pero si quieren saber ¡hay un precio a pagar! —dice ella de buen humor, pero era un hecho que esperaba una negativa.

«La curiosidad mató al gato, dice el dicho... ¿A nosotros también nos pasará eso?», piensa Alejandro Máximo, quien se sentía un poco más valiente después de ver cómo sus compañeros acabaron con los monstruos que los recibieron aquí... Era consciente, de pronto, de que él era el único que no estaba en posición ni siquiera de defenderse a sí mismo.

Entonces mira a su alrededor, a la inmensa cámara de paredes rocosas y atiborrada de contenedores, rotos o intactos, de un cristal desconocido, cada uno con su respectivo pedestal al frente. Pese al fuego en que ardían los cadáveres de los engendros creados por la arcana inge-

nería genética de las hadas o el brillo de su interlocutora, el techo seguía siendo insondable... pero ese rayo verde cayó de algún lugar, seguramente alimentado por tecnología desconocida o, al menos, distinta a la que él conocía. Alejandro mira uno de los pedestales, ve lo que parecen botones y perillas gracias a la mejor iluminación y concluye que, en realidad, son paneles de control para lo que estuvo, o sigue, dentro de los tanques.

Este era un lugar muy de ciencia ficción y, por más que un hada no encajara en ese ambiente, ninguno de ellos lo hacía de todos modos, pues habían acabado aquí por medios mágicos... Pero, volviendo al tema, este lugar era algo sacado de ciencia ficción: un laboratorio de investigación genética de una raza extraterrestre, una rama de investigación que tenía sus peligros... Entonces...

—Puede ser —se adelanta, y todos los miran, expectantes—. ¿Qué más quieres para que además me consigas algunas armas? —Archibald levanta una ceja y Flavy lo mira con el pico abierto.

El hada sonríe perversamente.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net>

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

@: estudio@iotopia.net

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

El mensaje

Por: Raúl Sánchez García





Serena se lavaba las manos en el baño de su casa. Se las frotaba con intensidad para separar la sangre que se le había adherido al asesinar a su marido. «Por fin he podido deshacerme de ese bastardo al que acepté como compañero», pensaba, «llegué a creer que lo tendría que soportar toda una vida». Al mirarse el cuerpo en el cristal del armario, decidió darse una ducha. Echó un rápido vistazo a la habitación donde el cuerpo sin vida de su marido yacía desnudo sobre un inmenso charco de sangre que ocultaba la cama. Tras la ducha, se vistió con un traje elegante y salió a la calle.

«No es que me molestase servirle, al fin y al cabo vivo para servir. Sin embargo, he llegado a odiar la vida entre esta gente. Mis señores me enviaron porque sabían que sería la única forma de que bajaran la guardia. Aunque no creo que supieran lo difícil que ha resultado ser».

Salió a la calle y se dirigió a la parada de metro más cercana a su casa. Mientras caminaba disfrutó de un maravilloso día soleado. Hacía semanas que no dejaba de llover en Madrid y eso también había influido en su estado de ánimo. Una vez en el metro, escogió aquel que le llevaría hasta la parada de Plaza de España.

Durante el trayecto recordó que había quedado con el presidente a las doce del mediodía para su comparecencia. Y este recuerdo la llevó a evocar cuánto le costó convencer a ese hombrecillo de que todo lo que le decía era real. Una persona obtusa, diría yo. Lo que le pedí era bastante simple: «Tengo que transmitir un mensaje a la población mundial y deseo hacerlo desde su país. A ser posible, desde la cámara del Senado». Pero aquel hombrecillo de pronunciación incorrecta no paraba de hacer preguntas: «¿Vienen en son de paz? ¿Van a aterrizar sus naves en el planeta? ¿Qué quieren que hagamos?». Y, como mi naturaleza es servil, me vi obligada a responder a todo. «Sí, venimos en son de paz. No, no vamos a aterrizar ninguna nave en su planeta. Sólo quiero transmitir un mensaje a la población mundial a través del Senado español».

Al cabo de una hora, me emplazó para una sesión plenaria el día tres de marzo. Me explicó que debía dar explicaciones por el retraso en las mejoras económicas que se debían haber producido en el país. Por supuesto, intentaba usar mi comparecencia como un medio para distraer la atención sobre sus errores.

Lo consiguió.

Había salido por la boca de metro de Plaza de España y se dirigía hacia el Senado, disfrutando a cada paso del día en que volvería con sus señores y por fin podría liberarse de estos molestos y malolientes humanos. Recorrió el lateral del Senado, donde ondeaban las banderas de diferentes países. Las miró, al tiempo que las dejaba atrás, y sonreía al pensar que dentro de veinte minutos no significarían nada. Se plantó ante el impresionante pórtico que abría paso al interior del edificio, esperando sentir algo al verlo. Nada. Una vez ante el control de la guardia civil, le comunicó al agente que el presidente la esperaba. El policía hizo una llamada, durante la cual su interlocutor debió enojarse, ya que el agente solo hizo un ademán con la mano para que atravesase el arco magnético con forma de puerta que me daría acceso al Senado. Al otro lado, otro agente le indicó el camino que debía seguir, al tiempo que le entregaba una pegatina con su nombre escrito con rotulador negro y le indicaba con las manos que se la pegara al pecho.

Le indiqué al agente que no podía oírle y que debía hablar más despacio. Resultó que debía atravesar varios pasillos sin quitarme la identificación, ya que, de hacerlo, sería detenida y encarcelada. Asentí con la cabeza y me dirigí hacia mi cita. Tardé un rato en llegar; en aquel edificio había muchos pasillos idénticos.

Cuando atravesó la puerta que daba acceso al hemiciclo, el presidente la estaba presentando desde la tribuna. Serena se dirigió hacia allí. No miró a los congregados; solo pensaba en difundir el mensaje y dar por terminada su angustiada existencia entre estas criaturas. .

Una vez en la tribuna Serena desveló su verdadera esencia. Todos los que habían acudido a la sesión extraordinaria, incluido el rey de España, fijaron sus miradas en aquel ser, que



permanecía inmóvil en el lugar que el presidente le había cedido con amabilidad. Se trata de un momento importante: una criatura extraterrestre se había puesto en contacto con la Tierra y para ello había elegido al pueblo español.

Tal y como había explicado el presidente, el enviado de esta raza, que se había presentado como Ometeotl, había solicitado a los altos cargos del país una asamblea en la que poder explicar el motivo de su visita. Había aclarado que no se trataba de una visita hostil, únicamente comunicativa.

Los congregados en el hemiciclo hablaban en voz baja. El murmullo formaba un ruido incómodo, como el de una emisora mal sintonizada. La curiosidad invadía los corazones de los privilegiados que allí se encontraban, de aquellos que se conformaban con escuchar desde el pasillo y de aquellos millones que veían a aquel ser a través de las pantallas de sus receptores de imagen.

Ometeotl continuaba impassible en el atril. Su figura ovoide destacaba por su color negro. No se distinguían ojos ni boca. Ningún miembro recortaba aquella forma.

El presidente se acercó a la tribuna y le indicó al invitado que podía comenzar cuando quisiera. Dicho esto, se dirigió hacia el asiento que ocuparía hasta el final del discurso.

Todos los allí presentes escucharon en sus cabezas la voz que les decía:

—Mi nombre es Ometeotl y he venido a comunicarles una noticia muy importante.

Los operadores de imagen esperaron a que comenzase el discurso, hasta que los congregados empezaron a comentar entre sí la voz que oían en sus mentes. Fue entonces que

los operarios le comunicaron a Ometeolt que no habían podido transmitir nada. Sus voces sonaron estruendosas en el silencio reinante. Pareció como si aquel huevo negro les dirigiera su atención a pesar de no haberse movido. La imagen de un ser humano desnudo, con la piel del color negro del universo, se materializó frente a Ometeolt, unido a él únicamente por un cordón negro. Se trataba de una silueta similar a la del monigote que resulta después de cortar un trozo de papel con la forma de una persona. Y ante el desconcierto de todas las personas que lo vieron, el monigote habló.

—Mi nombre es Ometeolt. Mis creadores reclaman este planeta como segunda residencia...

Los murmullos invadieron la sala y todos los lugares del continente europeo. Tanto los políticos presentes en el Senado español como la población en general se quedaron estupefactos ante las exigencias de aquel ser. Los responsables de las transmisiones audiovisuales dieron orden de emitir el discurso a todo el planeta.

—He sido enviado para mostrarles la poca conveniencia de una resistencia por su parte. —La silueta con forma humana permanecía igual de impassible que el negro ser al otro lado del atril del Senado.

—¡Nadie va a invadirnos, pequeño ser inanimado! —gritó un ministro desde la gradería.

—Tengo recursos... —Tras una pausa, continuó hablando en el mismo tono monocorde—. ...lingüísticos para explicarles con todo detalle la razón por la que no podrán resistirse.

—Pues hágalo —consiguió articular el presidente del Estado.

Tras una breve pausa, el humanoide desnudo fue absorbido y la superficie de Ometeolt comenzó a vibrar. Un zumbido invadió el Senado. Las personas que asistían al evento a través de la retransmisión a distancia lo oyeron también.

* * *

España fue el primer país en ser deshumanizado; ahora solo quedamos los sordos y los sordomudos. Sin embargo, tenemos razones para creer que han desarrollado un sistema para hacer que las vibraciones nos afecten también.



Un cuerpo para el ángel más bello

Por: Marcia Morales





Nahama era fiel creyente de los ángeles, y, ¿cómo no?, ella podía hablar con uno.

El ángel siempre conversaba con ella. Sin embargo, en su última sesión Nahama había notado honda tristeza en aquel ser etéreo, sin duda algo lo acongojaba. «¿Qué era?», decidió preguntarle la próxima vez.

El ángel confesó su deseo de tener un cuerpo material para poder gozar de las sensaciones terrenales por una vez. Pero además, agregó que no podría ser cualquier cuerpo: él era el ángel más bello y por tanto merecía el cuerpo más majestuoso.

Nahama decidió que ayudaría a su ángel, ella le conseguiría el cuerpo deseado. Pero ¿dónde y cómo conseguirlo? No había un ser humano perfecto, ninguno reunía todas las cualidades a la vez.

Pero Nahama era una mujer inteligente y decidida. Después de meditarlo un buen tiempo, encontró la solución... Cogería lo mejor de cada individuo y ella misma construiría el cuerpo más bello para el ángel.

Sí que le tomó tiempo construirlo. Primero debía seleccionar la persona y la parte deseada; luego, debía trazar el plan para apresar a la persona; una vez cautiva, retiraría con sumo cuidado la zona deseada, que guardaría en el congelador hasta reunir todas las partes.

Le llevó año y medio conseguir las piezas idóneas para el cuerpo perfecto antes de tenerlo todo listo. Cual monstruo de Frankenstein, Nahama formó un ser conformado por diversas porciones de seres humanos. Ante los ojos de la mujer era el ser más hermoso. Y claro que lo era: en su mundo, donde lo grotesco es bello y los ángeles son demonios, había construido el alojamiento terrenal perfecto para el ángel.

Nahama dibujó el pentáculo en el suelo e hizo la invocación. El cuerpo inerte, tendido sobre un paño rojo, abrió los ojos; en su rostro se dibujó una sonrisa sardónica.

Luzbell, el ángel más bello, estaba nuevamente en la tierra.



Monstruos de bronce

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 10

Por: Julio Cevalco





tenía el cabello largo y del color de los mares. Ôrrses le Càrcuett, Lord de las Hojas y efebo juramentado de Los Primeros Bosques, se reclinó en las almenas a observar las estrellas. «Rojean como rubíes», pensó. «Las estrellas-sanguinolentas parecen los ojos de mi esposa».

Se dio la vuelta, su túnica danzó, escuchó el silencio del santuario en ruinas. Las estatuas bronceas de los pueblos monstruosos lo miraban bajo los arcos de piedra. «Siempre es lo mismo. Parece que tuvieran vida. Me gustaría saber quién fue el prodigio que las talló. Seguramente fue uno de los llamados Virtuosos».

Los esciápodos de los huertos, cuyo único pie era más grande que su cabeza, le parecían esculturas perfectamente bruñidas. Lo mismo que los blemias, los panotios, los cinocéfalos y los artabatitas. Las bestias como el catoblepas, la mantícora y el grifo, situadas bajo los árboles de cerezo, guardaban un gran parecido con las criaturas antiguas y, por un momento, Ôrrses deseó contar con ese escultor días antes de su matrimonio. El efebo le hubiese pedido que construyese un bronce de su mujer, solo para tenerla cerca durante su larga ausencia.

«Lo hubiese colocado detrás de los árboles», se lamentó, observando los troncos negros, ramificados hacia el firmamento. Los pétalos de color rosa que adornaban las ramas eran abundantes y se mecían arrullados por una brisa fría. «Hubiese reemplazado a los monstruos y entonces tal vez no me sentiría tan solo».

Con tristeza en el corazón, el efebo tomó una bocanada de aire mientras recordaba que al pasear por el santuario no solo se topaba con las plantas ni los arbustos de su jardín salvaje, sino también con las efigies de las bestias. Quizá una belleza como su mujer, la hermosa Myrleia zchiaq'n mael Cunna, no tendría cabida en ese maremagno de criaturas pero, luego de cavilarlo, no le pareció descabellado situar su bronce junto a la boca de las grutas.

Noche tras noche, al caminar por la floresta, las cocatrices y los basiliscos lo observaban con sus ojos de piedra, igual que las hidras, los endriagos, los guivernos y los gusanos de tierra. Daba igual los parterres que recorriera: los broncees, cubiertos de ramas y enredaderas, echaban raíces bajo las estrellas, sobre todo los de esos monstruos a los que su raza despreciaba. La mayoría los conocía como los no-longevos. Pero los efebos como él usaban los nombres-vulgares para referirse a ellos.

—Lo siento, milord —escuchó que una joven de dicha raza se disculpaba detrás de él. El efebo tenía compañía—. Entonces, si comprendí bien, la tripulación tiene que abandonar la costa.

Ôrrses asintió y, al sentir que la muchacha temblaba, la miró con el rabillo del ojo al tiempo que olisqueaba su sudor.

«Hedor a mujer; hedor a zorra», pensó, y no le pareció un ejemplar distinto de los otros monstruos.

Atrida mounn Ràdiqetch, a diferencia de las esculturas, se encontraba vestida y no despedía un olor a bronce, sino a hierro, grasa y miedo. Era parte de la progenie-despreciada por el no-mundo y, con los huesos rechinando, reafirmó que su tripulación no zarparía pronto.

—Lo entiendo. En un principio pensamos que al llegar a Puertoblanco se acabarían los problemas —susurró el efebo tras darse la vuelta. Su voz, en un suspiro, fue eclipsada por el rugido de una tigresa que descansaba tras los arbustos. Debajo de la arcada se encontraba una sombra alta con la cabeza envuelta en una capucha. Era otro efebo similar a él—. Pero lamentablemente no encontramos nada más que un refugio temporal. Lo mejor es que antes de que aparezcan las lunas todos vosotros os hayáis marchado.

—Pero es que los bucaneros no querrán —replicó la mujer—. Si se encaprichan pueden hasta colgarme y enviar a otro para que negocie con vos, milord. Usted sabe que ya lo han intentado, que no sería la primera vez. Ni la segunda.

«Sí, claro. Para que negocien...». Ôrrses le Càrcuett sonrió, pensando que la tripulación

no tendría posibilidad de entablar ni siquiera un pequeño acuerdo. Pero ¿qué demonios se habían creído? Eran monstruos que envejecían, y él, al lado de los marineros, era como un dragón junto a una mancha de barro. Normalmente bastaría tan solo con un soplido para ponerlos de rodillas, aunque en su estado un soplido no haría más que alertarlos. Si eran astutos tal vez conseguirían algo de él.

—Solo ve y díselo. Es mejor que se larguen. —El efebo despidió a la mujer con un movimiento de manos. Le señaló la reja que separaba el patio de la huerta y la muchacha, con el cabello enredado y el cuerpo envuelto en un abrigo de piel de lobo, se retiró con caminar pesado, sometido, y haciendo chasquear la cota de anillas que escondía bajo sus ropajes.

Tan pronto se esfumó la sombra encapuchada que aguardaba en la huerta emergió de la oscuridad. Era Calèndul iid d' Tar Gèbranth, un caballero juramentado que había desembarcado en Puertoblanco tras la llegada de Ôrrses le Càrcuett y Atrida mounn Ràdiqetch. En otras tierras, más allá de los mares, lo llamaban la Flor Solitaria, y de su larga túnica se desprendía un aroma a mirra, incienso y madera. El efebo lo miró directamente a los ojos de iris atigrados, bajo los flequillos rubios que revoloteaban en su frente. Calèndul se encontraba ante las flamas de un caldero, junto a unos pilares semiderruidos, y sus facciones, al igual que las de su compañero, eran femeninas y masculinas a la vez.

Su tigresa, de pronto, abrió los ojos y soltó un rugido.

—Parece que a *Hiedrapunzante* tampoco le simpatiza tu segunda al mando —susurró, luego de pasar junto a la bestia—. Pero debo decir que es una hermosa mujer. Las cicatrices de su rostro asientan su fiereza. Sus ojos brillan como estrellas, y además tiene los dientes completos, poco busto y es de raza guerrera. Lamentablemente es, como te dije, una burda mujer.

Ôrrses asintió y pensó que Atrida mounn Ràdiqetch terminaría marchitándose como todas las flores de su jardín salvaje. «El tiempo la destruirá... siempre y cuando el acero no la parta antes».

—Sí. Es una mujer —susurró con desprecio, y reparó en que no importaba cuán bella fuera: siempre sería una abominación. El efebo, con decepción en el rostro, le lanzó una mirada profunda a su compañero—. Pero no estamos aquí para hablar de mujeres. Sobre todo cuando nunca te gustaron. Siempre dijiste que, así se untasen bálsamo en los pezones o en los labios del coño, el olor que despiden no dejaría de ser nauseabundo.

Calèndul, sombrío bajo la capucha, acarició el pelaje de su bestia. *Hiedrapunzante* era una tigresa preñada y de gran tamaño que le servía de montura en épocas de guerra. El caballero esbozó una sonrisa aviesa.

—Tú lo has dicho. Siempre preferiré el olor a bestia. Incluso el coño de mi tigresa tiene mejor aroma. —*Hiedrapunzante* rugió. Calèndul, con una mirada de reptil, metió la mano en el interior de su túnica y sacó un pergamino doblado con el sello del Carnero: la casa de los Shael'tiel, una de las antiguas Casas de los Señores del Campo—. La otra noche recibí una oferta generosa. La mujer que me abordó en los jardines parecía una sirvienta de La Primera Casa. Mañana por la mañana partiré.

«Demasiado tarde. Deberías partir ahora», pensó Ôrrses con un rostro desasosegado. En el fondo de su alma deseaba que su compañero se marchara.

—Sabes que, si dependiera de mí, la Primera Casa, así como todas las Casas de la Tierra y el Campo, podrían derrumbarse en mil pedazos. Podría escribir un libro sobre cuánto las aborrezco o sentarme en un trono a verlas arder.

Pero él era el Lord de las Hojas, no un señoritingo ni un burdo rey, y no le competía destruir nada, ni siquiera acabar con la vida de una araña. Aunque esa noche no hubiese dudado en aplastar a un rey hasta convertirlo en una mancha.

Calèndul soltó una carcajada.

Ôrrses levantó la mirada como si buscara algo más allá de los arcos y las estatuas. Miró a lo lejos tras unos árboles caídos cubiertos con líquenes, hongos y tela de araña. Parecían enfermos.

—Márchate con Atrida y sus bucaneros, Calèndul —susurró el efebo, tras aquella pausa—. A bordo de La Gorgona o de La Rosa del Estanque navegarías tranquilo rumbo al norte, lejos de toda esta tierra que poco a poco decae.

La Flor Solitaria no respondió, se lo quedó mirando con sus ojos atigrados, y el Lord de las Hojas, con la cabeza gacha, comenzó a desesperarse. No le gustaba que lo miraran con descaro. Él era el espíritu del bosque, mientras que el otro efebo no era más que una flor en un erial abandonado. Tenía que distraerse para que no notara su desesperación. «¿Dónde estás, preciosa?» Levantó la mirada a la vez que sentía un escozor en las manos, en los dedos. Los ojos le picaban cuando buscó algún rastro de las estatuas tras las arcadas. Pero no de todas: solo de una en especial.

—Gracias, pero no zarparé. Por lo menos, no ahora. Todavía tengo trabajo que hacer. —Calèndul trepó sobre el lomo de su montura. La tigresa era enorme, tan grande como un trotón, solo que más pesada, fuerte y robusta. Le acarició los bigotes. Se acomodó sobre su lomo desnudo—. Solo vine a despedirme de *Hiedrapunzante*. Pero nunca pensé que nos veríamos. Si quieres un consejo, amigo mío, creo que haces mal en desoír las palabras de tu segunda. Ve a la bahía, reúnete con los bucaneros en sus campamentos y convéncelos tú mismo para zarpar. Después de todo, esos hombres fueron tu tripulación y, en cierta manera, los responsables de tu desembarco y tu estancia en este santuario. Sé que repudias esa raza tanto como yo, que hasta los odias. Sin embargo, te ayudaron y no merecen la muerte, sino ser recompensados.

Ôrrses se contuvo y permaneció en silencio, observando los arbustos, las madre selvas cubiertas de hongos que parecían esporas, las sustancias cetrinas que segregaban los troncos, las ramas podridas, los frutos envenenados y plagados de gusanos. La enfermedad se extendía en ese recinto boscoso. «Este santuario no es ni por asomo seguro. Los jardines resistirán algún tiempo y tú te has convertido en un caprichoso que no quiere abandonar, y no abandonarás porque sabes que en el fondo puede que pierdas, y deseas arrastrar a esa gente a la tumba». Tragó saliva. En su interior sabía que pesaba mucho más el otro dilema: el retorno de su esposa.

—Sé lo que piensas. —Calèndul inclinó la cabeza desde su montura, astuto, mientras una brisa fría desgarraba un puñado de hojas. Los árboles de cerezo se remecieron y los alfarzones se poblaron de pétalos—. Crees que Myrleia no va a regresar. Tratas de convencerte de que llegará, pero en el fondo sabes que no es cierto.

»Si te marchas, yo me quedaré esperándola en tu lugar, y te prometo que te buscaré para entregártela en brazos. Sabes que no te he fallado nunca.

El Lord de las Hojas asintió, con la mano en el mentón, al tiempo que le daba la espalda a su compañero. Si bien su amistad era más vieja que el santuario, esa noche sabía que le mentía. Que le veía la cara de idiota. Calèndul no había viajado a la ciudadela por él; desembarcó en el otro navío con intenciones desconocidas. Eran compañeros, pero Ôrrses le Càrcuett debía tener cuidado.

«Lo siento, pero ya no sé de qué lado juegas. Crees que Myrleia no va a volver porque una maldita noche decidió abandonarme». El efebo hizo una pausa mientras un aroma a cenizas e incienso aleteaba entre sus ropajes. Si lo pensaba bien, quizá a Calèndul se le olvidaba algo: que Myrleia, la bruja de la vida y del bosque, no era una mujer, sino que compartía la sangre de ambos; quizá una tan antigua solo comparable a la de sus antepasados. «Ten cuidado: es mejor no confundirla con la escoria. Ella también tiene sangre de hierba».

—Calèndul, mejor márchate de una vez.

Esa noche, bajo la sombra de los árboles de cerezo, Ôrrses le Càrcuett no vio a su compañero partir. Pero escuchó sus susurros, percibió su perfume a incienso y el rugido de *Hiedrapunzante* mientras la tigresa saltaba sobre los peldaños, descendiendo en picada entre parterres, arbustos y columnatas oscuras. Y más tarde, luego de que el efebo abandonara la huerta, todos los jardines parecieron morir. No se escuchaba ni el susurro de los fresnos ni de

los nogales; ni siquiera el ruiseñor trinaba. Empero, la pasión de Ôrrses renacía poco a poco como la llama de un fénix salvaje.

«¿Dónde estás?», pensó, haciendo visera con las manos segundos antes de empezar a caminar. Nuevamente le picaban los dedos y los ojos y, con la mirada, buscaba la estatua que se escondía en algún rincón del santuario. «¿Dónde diablos te encuentras?».

En ese momento, el viento le echó un abanico de hojas sobre la cara.

Tras bajar los peldaños, el efebo pasó al lado de unos troncos negros junto al Camino de los Riachuelos. Las copas de los árboles roseaban bajo el rocío mientras un cerezo solitario parecía desojarse. Sus pétalos grises ensuciaban los mantos de flores, las enredaderas, los beju-cos y las espinas; de las ramas goteaba una sustancia color cetrino como si fuese sangre.

«La plaga también ha llegado, pero no es tan fuerte como afuera», pensó Ôrrses le Càrcuett y, por un segundo, una lágrima fría como el sollozo del bosque humedeció su mejilla cuando oyó la respiración de los jardines salvajes.

De pronto vio una columnata quebrarse tras los árboles. Cascotes de piedra se desprendieron como una avalancha. El efebo se detuvo, sorprendido por el derrumbe. La columna, provocando un estruendo, cayó destruida y a él le tembló la mirada, así como temblaban todas las ramas, hojas, flores, enredaderas y líquenes pastosos a las orillas de los manantiales. El Lord de las Hojas compartía su sangre con la sangre del no-mundo y la de la horrible-naturaleza.

«Cada margarita y cada flor de cerezo, hortensia, orquídea y corazón sangrante, cada magnolia, tulipán y belleza negra, cada nenúfar en la laguna y cada nomeolvides derraman lágrimas de dolor. La plaga avanza, desgastando hasta los malditos pilares». El efebo tomó el mango de la espada, que le colgaba del cinturón, y desenvainó el arma. Una hoja bruñida como un espejo rieló. «La sangre de la hierba resiste, pero no es inmune. Si acabara con esta plaga con un solo corte, ¡con un solo corte!, esperaría a Myrleia el tiempo que fuera necesario». Pero la plaga no era de carne y no cedía ante los cortes. Además, Ôrrses se encontraba tan débil que poco a poco sentía que moría.

Esa noche el Lord de las Hojas no descansó. Buscó un lugar seguro en los jardines salvajes, lejos de la plaga y de las columnas derruidas, y cuando se encontró a solas respiró con tranquilidad.

El hedor a miedo que emanaba de la no-longeva se había desvanecido hacía mucho. El aroma delicioso que se desprendía del otro efebo permanecía en la huerta, pero era muy suave y casi se esfumaba. El olor a bestia de la tigresa se acentuaba en el aire, aunque era su propio aroma, un perfume a cipreses y a cenizas boscosas que embriaga a cada bronce del santuario.

Ôrrses descendió por las escaleras peldaño a peldaño, alto y encorvado como una higuera sometida. El cabello largo y sedoso, bailando cuesta abajo, se mecía con libertad. Era de color aguamarina así como sus ojos, y una trenza sujeta con un nudo de ónice le rozaba el mentón. La clámide ajustada sobre su túnica era tan oscura como la noche, con hombreras en punta, y la esclavina estaba forjada en plata, así como sus botas y la filigrana que recorría su capa.

Cuanto más descendía por los peldaños de piedra, menos le cubría el rostro la sombra de los árboles y más lívida se veía su piel.

«Tienes que estar por aquí, preciosa». No había dejado de buscarla. Frunció el ceño para ver con nitidez. Pero no encontraba rastros del bronce que lo obsesionaba. Se paseó entre los parterres donde afloraban azucenas, verbenas y rosas, dejando atrás a un panotio acucillado y de orejas tan largas que rozaban los alfordones.

«Si te encuentro te daré lo que mereces: un beso con el regalo que me partió el corazón». Y, al punto, el espíritu se le estrujó y el corazón comenzó a latirle más aprisa. Nuevamente el Lord de las Hojas caminaba apresurado, rebuscando entre las estatuas con la espada empuñada y arañando la tierra.

—*El regalo de la doncella quiere cortar.*

Su acero eclipsó aquellas palabras con un silbido y mutiló dos estatuas de panotios que se encontraban a su paso. Un artabatita en cuatro patas se lo quedó mirando en la eternidad. Pero Ôrrses pasó de largo.

Hizo un giro de muñeca y el acero vibró. La hoja cortó el viento, rozando las manos de un blemia con los brazos en alto y el rostro petrificado en el pecho. Luego, detrás de un arco, el efebo divisó dos estatuas entre las higueras: la imagen de una criatura hermosa con el cabello largo y las orejas en punta, una de las criaturas que habían nacido para servir y morir sirviendo. «Un elfo...». Y, a su costado, la figura de una mujer desnuda.

—Te tengo.

El efebo corrió. Una, dos, tres, cuatro trancadas por delante y, al tiempo que blandía el acero, el sudor de sus sienes saltó sobre los alfardones. *El regalo de la doncella* chasqueó, silbó y crujió. Un golpe en zeta cortó los tallos de las rosas y el cuerpo del bronce bruñido. Los pétalos sesgados revolotearon sobre el metal que caía partido en tres pedazos, rechinando en el suelo.

«Zeta de zorra», pensó el efebo, «como toda maldita y puta mujer».

Escupió sobre los despojos. Levantó el rostro hacia el cielo oscuro, mientras una ráfaga de viento remecía las plantas de su jardín salvaje. Ôrrses se encontraba agitado, respiraba con dificultad, se sentía sucio pese a que veía el reflejo de su piel blanca en el espejo que era la hoja de su espada. La luz roja de las estrellas reverberó como otrora brillaran los ojos de su querida esposa.

—Han pasado tantos años y todavía no has perdido el filo —susurró.

El regalo de la doncella había cortado el bronce como si fuesen rosas, y su hoja no estaba fragmentada ni tenía rastro de muescas.

«Te seguiré esperando. Da igual cuánto te demores, yo siempre te esperaré. Este jardín que lleva mi sangre..., que lleva mi vida, es nuestro. La plaga no lo va a someter tan fácil. Te lo prometo».

Agachó la cabeza. Los cabellos cayeron sobre su rostro pero no impidieron que divisara la extensa ciudadela que se extendía a sus pies: pilastras, peristilos, cornisas y obeliscos en punta; estatuas de hombres deshaciéndose en lágrimas y de siluetas encapuchadas blandiendo una hoz, todas ellas cubiertas de enredaderas y madreselvas, espinas y flores escarlatas, amarillas, azules, violáceas, negras y aguamarinas, de invierno y primavera, de otoño y verano, salpicadas en todo rincón. Un jardín salvaje que gracias a su arte absorbía la plaga poco a poco. Pero, al final, sus esfuerzos nunca serían suficientes.

Una brisa con aroma a cipreses peinó la larga cabellera del efebo, quien, a su vez, observaba en lontananza un pueblo marcado por el rencor.

«Los veo sufrir y morir. Veo el pasado y el futuro en esos campos mugrosos, allí donde los monstruos siembran desdichas». El tiempo, ante sus ojos, se fundió en aromas florales, y Ôrrses le Càrcuett, con la mirada desprendiendo haces de luz blasfema, envainó su espada de modo que esa noche, por fin, sopló un viento frío y tranquilo en la morada de los efebos.

El Lord de las Hojas, con su peso en una bota, extendió su sombra. La sombra de la horrible-naturaleza. Pero continuaba exhausto, respirando con dificultad.



La píldora negra

Por: Eduardo Romero



- ¿Siempre le compras a ese pata?
- Siempre —contesta Santiago, que sonrío con las manos en el volante.
- Eres su caserito, ja, ja —ríe Julieta desde el asiento trasero, tirándole suavemente de los pelos—. Ya lo conoces de tiempo, ¿no?
- Sí, hace como seis meses. Es buena gente el pata, o sea, discreto y cumplido.
- Bueno, yo siempre le compraba a Calín —dice Alonso, a la vez que respira la brisa marina de la noche de verano por la ventanilla abierta.
- A mí no me gusta ese pata. Antes le compraba, a veces. Pero era jodido, ese —comenta Santiago, mientras adelanta con un zigzaguo a un BMW que iba muy lento. Vio unos chiquillos dentro, que armaban alboroto mientras se pasaban un porro de marihuana.
- Diego no dice nada, está calladito. Seguro que está pensando en Marcela, ja, ja, ja. — Julieta y los demás sonrían perversamente y lo palmean en el hombro. Ella trata de encontrar sus ojos en el espejo retrovisor, pero Diego la rehúye con pánico. Sentado al lado de Santiago, juguetea nerviosamente con el cinturón de seguridad.
- No, nada que ver —balbucea, fastidiado.
- Tranquilo, Dieguito, a lo mejor la ves hoy, loco —le consuela Alonso palmeándolo rudamente en la espalda.
- Sí, claro, con el imbécil de Ernesto.
- Seguramente. Pero tú ignórala, loco. Eso les arde. Como no te imaginas.
- Eso. O sea, tú llegas normal, riéndote, como las huevas. Si están allí, haces como que no los has visto y pasas de largo.
- Además estás con nosotros, Dieguito, mi amooooorrrr...
- Claro, Dieguito. Estás con nosotros pues, loco. La vas a pasar bacán...
- Además no se cumplen 18 años todos los días, pues...
Diego sonrío tristemente.
- Vamos a bailar, vas a conocer a unas amigas que te voy a presentar...
- Vamos a tomar unas pepitas, y todo será suaaaaveeee...
- Siempre y cuando no te toque la Píldora Negra, ja, ja, ja —interrumpe Julieta.
- Ya empieza otra vez con eso esta loca... —se enfada Santiago.
- Ya te dije que eso es una tontería, oye... No le hagas caso, Dieguito.
- Pero dicen que sí existe, caramba. La Tati me contó el otro día acerca de eso... O sea, sí, claro, es como una leyenda, ¿no?, pero uno nunca sabe, porque...
- Julieta, por favor, cállate. Estás hablando rocas, ¿sabes?
- Además, nadie conoce a nadie que le haya tocado una de esas y...
- ¿Cómo que no...? ¿Y Luchito Mazzini qué?
- Ese pata era un tarado pues, combinó coca y trago... Ese no cuenta...
- El papá de Tati es médico, él estuvo en la clínica cuando lo llevaron... Cuando quisieron sacarle sangre no pudieron... No tenía. Se le había evaporado. Estaba seco como una piedra, ja, ja, ja...
- Estás hablando rocas, nada que ver... Y ya cállate...
- No me calles, tarado. Además, también está Fonchito Roca, que desde que salió de la clínica hay ratos en los que se queda mudo, sordo y con mirada de idiota, nada lo hace reaccionar. Dice que las cosas le hablan, ja, ja, ja... Me contaron que se quiso suicidar varias veces.
- Ese imbécil siempre fue así, medio raro... Además, ya ves que esos dos casos no tienen nada que ver entre sí...
- Pero por eso, pues, en eso consiste la leyenda, en que...
- Qué estupidez, mira...
- Es cierto eso de la leyenda. Yo también la oí —interviene Diego, hasta entonces totalmente mudo.
- Todos callan y lo miran, sorprendidos.

—La leyenda —prosigue Diego, con la mirada fija al frente— dice que la Píldora Negra está hecha con los residuos de la fabricación de píldoras normales, más otros ingredientes secretos. Tienen exactamente la misma apariencia de las demás píldoras, de tal manera que nunca puedes saber si lo que estás tomando viene con... premio. Como en una lotería. Y una Píldora Negra nunca es igual a otra, porque tienen ingredientes diferentes. Por eso los efectos varían en cada caso. No se sabe qué consecuencias tendrá en cada uno.

Los demás callan un rato. Santiago carraspea, incómodo.

—Bueno, sí, Dieguito. En realidad todos hemos oído alguna vez lo de la leyenda, ahora bien: que ciertas personas sin cerebro la quieran creer es otra cosa. —Julieta lo mira con odio, pero no dice nada—. Pero lo que cuenta hoy es que vamos a celebrar tu cumpleaños, la vas a pasar de puta madre con nosotros, tus patazas, y ni te vas a acordar de esa rucaza de Marcela, ya verás.

—¡Eso, carajo! ¡Dieguito ya es mayor de edad, ya dejó la teta, ja, ja, ja!

—Carajo, si me siguen palmeando así, me van a romper el espinazo...

Todos ríen de buena gana. Diego había empezado a sonreír, aunque seguía evitando los ojos de Julieta, que los seguía buscando inútilmente en el espejo retrovisor. Santiago está realmente enfadado con ella. Ponerse a hablar de eso justo en el cumpleaños de Dieguito... Estúpida. Pero bueno, ya pasó, parece que el flaco ya recuperó el ánimo. Alonso enciende un cigarrillo.

Doblan a la derecha por una entrada bastante iluminada. Es un sábado noche de las playas del sur; el centro comercial está repleto. Santiago conduce lentamente y entra al estacionamiento. No ve parqueos vacíos y empieza a dar algunas vueltas hasta que halla un lugar. Cuadra su Mercedes negro con maestría, en un solo movimiento. Bajan y echan a andar con lentitud.

Había muchísimas personas, la mayoría jóvenes en busca de juerga. De vez en cuando, saludan a un conocido a grandes voces. Cuando llegan a la entrada del Duomo, Santiago es el primero en verla: Marcela, abrazada con Ernesto. Rápidamente mira de reojo a su derecha: Dieguito está sonriendo, aunque pálido. Julieta se le había prendido de un brazo y apoyaba la cabeza rubia en su hombro. ¡Genial! Ahora mira de reojo a su izquierda: Marcela aún abrazaba a Ernesto pero miraba fijamente a Diego, quien la ignora totalmente. Aunque claro: es obvio que hace grandes esfuerzos por fingirlo. Pero ya pasó lo peor. Por ahora, al menos.

Santiago se encuentra con unas amigas, las saluda y las presenta a los demás. Conversan y ríen por un rato, mientras Diego trata en lo posible de evitar el mirar de reojo a Marcela. Ella lo mira de vez en cuando, sin soltar a Ernesto. Santiago hace una seña y todos empiezan a entrar.

—¿Quién toca hoy?

—Shaitan.

—¡Genial!

«Cuando entras al Duomo», piensa Santiago, «sientes que entras a un túnel subterráneo, con ese pasillo estrecho y oscuro que dejaba oír solo un retumbar sordo de la música, mientras ves al final un pequeño revoltijo de luces y formas que van in crescendo a medida que avanzas, que culminan en una explosión de luces, color y sonido al llegar a la boca del túnel». Siempre le agradó ese efecto; recordaba que le impresionó mucho la primera vez que entró. Este parecía un sábado especial: había un poco más de gente que en otras ocasiones. Santiago los guía a la zona VIP mientras trata de abrirse paso entre el gentío que baila frenéticamente al ritmo de Shaitan, que lleva su clásico atuendo: túnica negra que lo cubre del cuello a los pies, máscara blanca —con una espiral negra sobre la frente— que solo deja ver sus ojos, y su larga melena oscura coronándolo.

La música suena tan alta que ya no pueden oírse unos a otros. Sus cuerpos empiezan a moverse al ritmo de la música. Julieta se pega a Diego y baila provocadoramente a su alrededor. Él trata de corresponder a sus movimientos, pero solo le interesa la música. Cierra los ojos



e ignora todo cuanto le rodea. Mientras baila, alguien —no sabe exactamente quién— le alcanza una píldora. Al voltear ve que todos ya tienen botellas de agua mineral en sus manos. Mira a Julieta y ella le alcanza la suya antes de ir a buscar una más.

Pone la píldora en su boca y, con los ojos cerrados, toma un trago largo y vivificador.

Si la hubiese visto detenidamente antes de tomarla, solo hubiera notado otra píldora más, una como cualquier otra.

Siente el agua fría bajar por su garganta, calmándolo y relajándolo. Pequeñas gotas se deslizan por sus mejillas. La música suena ahora apagada, lejana. Puede oír los latidos de su corazón; el color difuso de los ojos cerrados se torna primero rosa y luego rojo cálido.

Cuando abre los ojos, el Duomo ya no es el mismo. Unos leves resplandores rojizos iluminan la discoteca. La música que le llega es un rumor sordo y apagado. Bañada en un tinte rojo azulado, la gente baila a cámara lenta. Las paredes y el piso lucen negros como la noche. Julieta sonrío frente a él, con los dientes más blancos y brillantes que había visto nunca. Diego gira su cabeza buscando algo, sin saber exactamente qué. La música languidece mientras crecen los latidos de su corazón. Ve un claro entre la gente, que baila en una dimensión de tiempo elongado, y, casi sin pensarlo, avanza hacia allí. A cada paso crece una luz en ese vacío, aumenta la oscuridad a su alrededor; Diego cree ensordecer con los porrazos rítmicos de su corazón. Su respiración es entrecortada y fatigosa. No puede sentir su cuerpo, solo su cabeza sumergida en un líquido viscoso y transparente.

Y sigue avanzando. Y la luz sigue creciendo.

Su cuerpo se ha perdido. Su cabeza flota en un mar incoherente y sus ojos se cierran, cegados por la luz que lo envuelve todo. Se mueve a una velocidad impensable que le causa vértigo, náuseas y, sobre todo, terror. No lo había sentido hasta entonces, cuando se desliza por la luz hacia un lugar que desconoce y en el que quizá acechen cosas atroces. Quiere quedarse aquí, con todo lo que conoce y ama. Pero todo eso ya no está y no quiere irse: tiene miedo.

No sé qué puede esperarme al final de esa luz. No quiero ir. Quiero quedarme. Quiero quedarme.

Y la velocidad es tanta que se transforma súbitamente en hielo al sentir que llega al final del túnel de luz, y su miedo no conoce límites cuando una gigantesca criatura albina sin rostro lo coge con sus tenazas húmedas y viscosas. Empieza a aullar, a llorar con todas sus fuerzas hasta casi perder el conocimiento, perdido y solo en un mundo extraño y hostil. El monstruo lo sacude brutalmente y lo arroja sobre un extraño tejido, con el que lo cubre para dejarlo yacer sobre una superficie blanda. Un tibio abrazo rodea su cuerpo; un agradable calor lo inunda poco a poco, llevándose consigo el frío hiriente que lo rodeaba hasta entonces.

Deja de llorar. Se siente extrañamente tranquilo y calmado, aunque esporádicos sollozos lo sacuden de tanto en tanto. El calor que lo había aliviado proviene de una bella mujer, que lo mira y besa en la frente. Seguía sin entender nada, pero ya no tenía miedo. La tibieza y el agradable aroma que lo rodean lo adormecen, sumergiéndolo en un sueño profundo y cálido, arrullado por los latidos de un corazón enorme que no era el suyo.

La mujer pasa con él todo el día. Lo cuida, lo alimenta y lo baña. Lo llama Dieguito. Un hombre aparece y lo llama hijo. Ahora son una familia.

Quiere ponerse de pie y cae muchas veces. Finalmente lo logra. Ahora puede caminar. Desea comunicarse con sus padres y emite sonidos guturales. Ellos le enseñan y ahora puede hablar. Unos extraños vienen a verlo con frecuencia y aprende que son parte de la misma familia.

Es feliz en su casa grande, linda y limpia, con sus juguetes y sus padres y sus mascotas, llena de luces y colores, con árboles inmensos de hojas que susurran en las tardes y pájaros que cantan todo el día.

Lo llevan a la escuela, un lugar que le parece horrible, lleno de chicos que no conoce. Nunca se adapta del todo. Solo tiene un par de amigos en primaria. No le va mal en los estudios, tiene muy buenas calificaciones. Extraña su casa. Cuando pasa a secundaria, sus amigos se marchan a vivir a otro país y se queda solo otra vez. Se siente diferente. Siente que algo ha cambiado en su cuerpo y en su manera de ver el mundo. Un día entra al baño y ve a unos chicos de su sección viendo una revista pornográfica. Se la prestan y lo que ve allí lo acompaña a todas horas. En las noches se masturba.

En Navidad no pide juguetes y no se los dan. Le irritan sus padres y su familia. Lo único que desea es estar solo. Se encierra en su cuarto a escuchar rock a todo volumen.

No sabe qué hacer con su vida una vez acabe el colegio. No siente entusiasmo por la carrera de su padre. Le gusta la música, pero no se molesta en aprender a tocar un instrumento. Le va bien en matemáticas y supone que podría estudiar economía o ingeniería. Le da igual.

Sale a algunas fiestas de sus compañeros de colegio. No quiere ir pero siente que se burlarán de él si no va. Toma sus primeros tragos. Trata de aprender a fumar por presión, pero no puede. Una chica lo saca a bailar y la besa sin pensarlo, por efecto de los tragos. Ella no lo rechaza, pero luego se va.

Se prepara para ingresar a la universidad. Se entusiasma ante el reto. Ingresa sin mucho esfuerzo. Sus padres están orgullosos de él y le regalan un auto.

El primer día de clases, unos chicos le hablan y empiezan a bromear. Son Alonso, Julieta y Santiago. Se hacen amigos. Empiezan a salir los fines de semana a bares, discotecas y pubs.

En una fiesta de Año Nuevo, en las playas del sur, conoce a Marcela y le parece la muchacha más bella que haya visto jamás. Bailan, hablan toda la noche y terminan besándose. Sus amigos no se involucran, pero murmuran que el pobre no sabe en lo que se ha metido.

Hacen el amor y pasan todo el día juntos en la universidad. Salen todos los días de semana y ella le da a probar por primera vez las píldoras. Sus amigos ya se las habían ofrecido antes, pero las había rechazado. Sin embargo, a ella sí se las aceptó. La vida le parece de color de rosa. No recuerda haber sido tan feliz antes. Pero, muy dentro de él, trata de negar las veces en que la sorprende mirando a otros chicos. Piensa que es su imaginación. Se culpa por pensar mal de ella. Se considera un tonto paranoico. Pero la voz interior sabe que hay algo oscuro por venir.

Y vino. De pronto ella no le contestó las llamadas ni los mensajes. Finalmente, ella le devolvió la llamada y le dijo que tenían que hablar. Cuando se encontraron, Marcela confesó que estaba viendo a otro chico. La escuchó hasta que terminó de hablar y se retiró sin decir palabra, tratando de no llorar para conservar algo de dignidad.

Estaba encerrado en su cuarto a oscuras, escuchando música. Era un sábado por la noche. El teléfono suena y escucha a Santiago, Alonso y Julieta decir que pasan a recogerlo en media hora para celebrar su cumpleaños y que no aceptarían un no por respuesta.

Cuando llegan al Duomo, Marcela y Ernesto están en la entrada, pero él finge no haberla visto.

Una vez dentro, la música de Shaitan atrona el ambiente. Alguien le alcanza una píldora, él cierra los ojos y la traga sin pensarlo.

Cuando los abre, el Duomo ya no es el mismo. Unos leves resplandores rojizos iluminan la discoteca. La música que le llega es un rumor sordo y apagado. Bañada en un tinte rojo azulado, la gente baila a cámara lenta. Las paredes y el piso lucen negros como la noche. Julieta sonríe frente a él, con los dientes más blancos y brillantes que había visto nunca. Diego gira su cabeza buscando algo, sin saber exactamente qué. La música languidece mientras crecen los latidos de su corazón. Ve un claro entre la gente, que baila en una dimensión de tiempo elongado, y, casi sin pensarlo, avanza hacia allí. A cada paso crece una luz en ese vacío, aumenta la oscuridad a su alrededor; Diego cree ensordecen con los porrazos rítmicos de su corazón. Su respiración es entrecortada y fatigosa. No puede sentir su cuerpo, solo su cabeza sumergida en un líquido viscoso y transparente.

Y sigue avanzando. Y la luz sigue creciendo.

Su cuerpo se ha perdido. Su cabeza flota en un mar incoherente y sus ojos se cierran, cegados por la luz que lo envuelve todo. Se mueve a una velocidad impensable que le causa vértigo, náuseas y, sobre todo, terror. No lo había sentido hasta entonces, cuando se desliza por la luz hacia un lugar que desconoce y en el que quizá acechen cosas atroces. Quiere quedarse aquí, con todo lo que conoce y ama. Pero todo eso ya no está y no quiere irse: tiene miedo.

No sé qué puede esperarme al final de esa luz. No quiero ir. Quiero quedarme. Quiero quedarme.

Y la luz va tomando forma poco a poco. Aparecen sombras que definen formas en el espacio. Entonces surgen los colores, las texturas y los reflejos que definen un fluorescente frente a él. ¿Un fluorescente? ¿Frente a él?

No, no frente a él... ¡Sobre él! ¡Está acostado, boca arriba!

Quiere hacer un esfuerzo por incorporarse, pero teme que su cuerpo, por alguna razón, no le responda. Toma aire, respira profundo y decide hacerlo. Al principio sus temores se confirman: casi no puede moverse. Lentamente trata de apoyarse en sus brazos para levantar su torso y lo logra con dificultad. Está en una habitación pintada de blanco. Él yace en una cama, cubierto con unas sábanas también blancas. De su cuerpo salen unas manguerillas conectadas a una máquina muy compleja.

Está en la habitación de un hospital.

Una enfermera está en una esquina de la habitación, de espaldas a él, arreglando unos papeles en su carpeta. Despreocupadamente se vuelve y lo ve. Se queda petrificada al verlo incorporado en la cama, y él también. Su boca abierta le da un aspecto bastante estúpido, hasta que se precipita hacia la puerta y sale corriendo. No le salen palabras; está mudo aunque quiera gritar, como en una pesadilla.

Empieza a mirar con curiosidad todo lo que le rodea. Junto a su cama ve un espejillo en la mesita de noche. Lenta y cuidadosamente lo coge con una mano y se lo lleva al rostro: un bestial mazazo de horror le golpea el corazón: ese tipo que ve en el espejo no es él. Es otra persona, una mucho mayor. Arroja el espejo lejos de él, con el corazón pugnando por salir de su pecho.

Entonces nota, sobre la mesilla de noche en la que estaba el espejo, una carpeta amarilla con la inscripción «COMA PROFUNDO».

Y en una mesa mas allá, un pastel de cumpleaños donde lee «Feliz cumpleaños Dieguito», con unas velitas rojas formando el número 36.



El baile del átomo

Por: Miguel Huertas





star en el punto de mira de ciento sesenta misiles nucleares produce una sensación incómoda.

Perrault no estaba acostumbrado a sentirse intimidado. Era un tipo corpulento, su prominente barriga se veía compensada por el cuello de toro, los anchos hombros y la musculatura de sus brazos. Era irreverente, cínico hasta cierto punto, y se sabía más listo que la media. Además, empezaba a acostumbrarse al uniforme gris que rezaba **SEGURIDAD** en su espalda. La porra extensible y las esposas que colgaban de su cinturón de trabajo le recordaban que estaba en el lado de los que tienen algo de poder. No mucho, pero el suficiente.

En conjunto, no era un hombre impresionable.

Todo ello se derrumbó cuando vio aparecer la nave desde la cabina de control. El eterno vacío del espacio, negro como las pesadillas de un niño, parecía vomitar lentamente la alargada estructura metálica. La gigantesca mole tubular viró lentamente, hasta que su tonelaje quedó suspendido sobre la estación espacial. La Estación *Roosevelt* no era precisamente pequeña. Su estructura de módulos interconectados había supuesto todo un reto para los ingenieros de la OTAN.

El personal de la estación hacía su vida en una porción muy pequeña de la *Roosevelt*. Al menos tres cuartas partes de su masa la constituían la maquinaria de perforación y extracción de uranio y el gran motor atómico. Perrault sabía perfectamente que la estación tenía un tamaño muy superior al de la astronave recién llegada, pero no podía evitar sentirse diminuto: un tipo pequeño en una pequeña estación minera.

La señal de proximidad de la sala de control pasó a Fase 2 con un doble pitido innecesario. La enorme estructura tubular estaba cada vez más cerca, tanto que ya tenían que alzar el cuello para mirar cómo el vasto fondo negro del espacio se veía invadido por una bóveda de acero. Los temores de Perrault se confirmaron cuando vio los caracteres cirílicos junto a una hoz y un martillo grabados en el fuselaje. Su mente tradujo de forma casi instantánea.

DIMITROV

Perrault miró los semblantes de quienes le rodeaban. Todas las caras reflejaban la misma tensa preocupación que la suya; el ambiente de la sala de control era tan denso que hubiera podido cortarlo con un cuchillo para mantequilla. El capitán Sears era un tipo alto, fornido, rubio, con el cabello siempre peinado con gran pulcritud y aire de triunfador; era el tipo de hombre que los publicistas escogen para promocionar el estilo de vida americano. Pero, por encima de los galones de su uniforme, tenía el ceño fruncido y una mueca de preocupación. A su lado, Underhill se mostraba considerablemente más impasible. No llevaba ninguna insignia que señalase su pertenencia al Comité de Actividades Antiamericanas, aunque no la necesitaba. Era un tipo grande, casi tanto como Perrault, de rostro anguloso y cruel poco dado a la expresión. Pero quienes le hubiesen tratado un poco —y Perrault llevaba encerrado ocho meses con él en esa estación— habrían podido reconocer el leve temblor de su mejilla como una señal inequívoca de pánico.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó con voz ronca Underhill.

Butch, Smith y Lloyd, sus compañeros en el cuerpo de seguridad de la Estación, no hacían nada por ocultar la descomposición de sus facciones. Bormann, el ingeniero aeroespacial cedido por la República Federal Alemana, se atusó el cabello gris con aire indolente; como genuino representante de la flema prusiana, parecía el único capaz de mantener la compostura.

—Clase Quinquenal. Tiene un lustro de autonomía funcional. Ya se sabe: los soviéticos lo hacen todo de cinco en cinco. —Carraspeó—. Ciento sesenta cabezas nucleares. Había visto el diseño pero... Todos pensábamos que era imposible de construir.

El silencio cayó en la sala de control con la rapidez de un hongo atómico elevándose en el cielo. Todos los pares de ojos se desviaron, consciente o inconscientemente, hacia el capitán. Sears miró a izquierda y derecha. Después fijó su rostro en la ventana que tenía delante, como si realmente no viese el vehículo ruso. Perrault se fijó en que tenía marcado el músculo de la mandíbula como una sogá bajo la piel.

—Caballeros —anunció al fin Sears—. Parece que hemos perdido la carrera espacial.

Perrault señaló un piloto rojo del panel de control con un grueso dedo índice.

—Hay una comunicación entrante —dijo con la boca seca.

Sears asintió y Bormann activó los altavoces de la sala de control. Una voz de mujer, ronca y dura, les habló con un marcado acento ruso desde las paredes de la habitación.

—Aquí la *Dimitrov* dirigiéndose a la Estación *Roosevelt*. Habla la comandante Marina Tarkovski, de la IV Flota Militar de la Unión Soviética. Esperamos respuesta.

Sears inspiró una buena bocanada de aire.

—Habla James Sears, comandante en jefe de la Estación *Roosevelt*. Se encuentra usted en espacio estadounidense. El Muro puede estar allí abajo, pero el Telón de Acero llega hasta aquí arriba. Retírense a espacio internacional. Repito: retírense a espacio internacional.

—Negativo, capitán. —A través de las palabras de Tarkovski les llegaba un frío remoto—. Exigimos la entrega inmediata del criminal de guerra conocido por el nombre en clave Puñonegro.

Sears se inclinó sobre el interfono del panel de control ante la mirada de los presentes.

—Repita, por favor.

—Proteger a Puñonegro vulnera los tratados de paz. Entréguenlo.

Perrault cerró los ojos. Nueve millones de personas arrasadas por una explosión nuclear, un solo saboteador responsable. Los demás detalles nunca se divulgaron.

Sears se pasó una mano por su perfecto pelo rubio, despeinándolo. El resto de los presentes le miraba. Tenía un aspecto extraño, con el cabello dorado que ahora apuntaba en todas direcciones. Perrault notaba el pulso en su garganta, un ritmo frenético.

—No tenemos a Puñonegro, repito: no tenemos a Puñonegro. Se trata de un error.

—El informe de la KGB es explícito, capitán Sears. Sabemos que Puñonegro se encuentra ahí, al igual que lo sabe la totalidad de firmantes del Pacto de Varsovia.

—No estoy autorizado a negociar...

—No hay negociación posible —le interrumpió bruscamente Tarkovski—. Si la Alianza protege activamente a Puñonegro, viola los acuerdos establecidos tras Volgogrado. La *Dimitrov* tiene la autoridad y la potencia de fuego para actuar en consecuencia.

—Por el amor de Dios, comandante...

—Yo no creo en su Dios, capitán. No creo en ningún Dios. —El frío de las grises aguas del Volga les llegaba desde la voz de la mujer—. Tiene cuarenta y ocho horas.

La conexión se interrumpió bruscamente. Sears se volvió de inmediato hacia Bormann; el caos asomaba por sus ojos.

—Ponme de inmediato con...

—Lo siento, capitán. —El alemán manipulaba una serie de interruptores con rostro sombrío—. Están inundando el espectro en todas las longitudes de onda en las que podemos transmitir. Estamos solos.

* * *

El refectorio de la *Roosevelt* era una sala rectangular, sin muchos adornos e iluminada por la aséptica luz blanca que procedía de los tubos de gas fluorescente del techo. El personal de la estación se sentaba en los bancos corridos frente a alargadas mesas y engullían los nutrientes deshidratados y rehidratados que algunos obstinados se empeñaban en llamar comida.

Perrault pinchó con el tenedor de plástico un pedazo de lo que una vez pudo haber sido una patata y lo masticó sin mucho entusiasmo. En teoría, no había ningún impedimento para que el cuerpo de seguridad y los operarios se mezclaran, confraternizaran y, concretamente, comiesen juntos. En la práctica, los oficiales animaban a los guardias a relacionarse lo menos posible con los trabajadores, por si en algún momento existían «necesidades de contención». Por supuesto, tampoco estaban invitados al refectorio de oficiales, que por lo general ocupaban los ingenieros superiores, el médico de a bordo, el capitán y Underhill. El resultado era que Perrault, Smith, Butch y el sargento Lloyd comían cada día a una docena de pasos de los operarios de la nave.

—¿De verdad creéis que está aquí? —preguntó Butch, inclinándose hacia delante.

Bajo el pelo rubio y crespo, en el rostro rosado, el joven guardia de seguridad tenía pintada una expresión de nerviosismo y excitación. Perrault sentía simpatía por el chico y era capaz de perdonarle que fuese demasiado norteamericano para su gusto.

—¿Puñonegro? Tonterías —respondió Perrault con la boca llena.

—Es una excusa mala de los rusos para invadir el espacio de la Alianza —asintió Smith despacio, alzando sus pobladas cejas negras.

—Sí, pero ¿y si es cierto? —insistió Butch.

Lloyd carraspeó. El sargento era un tipo nervioso, cruel hasta cierto punto, muy delgado y con el pelo muy corto, casi rapado.

—Pues estamos jodidos —apuntó, bajando la voz—. Después del sabotaje... Nueve millones de personas, ¿os lo imagináis? ¡Puf! En un segundo... Si de verdad los comunistas creen que está aquí, no hay espacio que no vayan a invadir con tal de echarle el guante.

—Aquí no hay ningún criminal de guerra —repuso Perrault—. Puñonegro está ahora mismo en una isla tropical, de vacaciones perpetuas pagadas por la CIA y no helándose el culo aquí, extrayendo uranio para no sé qué carrera armamentística.

Lloyd le mandó callar con un gesto.

—Es verdad, jefe —gruñó Perrault—. ¿O crees de verdad que era un loco psicópata? La CIA lo cocinó todo. No hay otra explicación.

El joven Butch miró a ambos alternativamente y preguntó casi susurrando, con ademán conspirador:

—¿Por qué el capitán no ha querido decirles la verdad a los operarios? Se están poniendo nerviosos.

Era cierto. El resto del personal de la *Roosevelt* aún no había recibido explicación alguna de por qué había una astronave militar soviética suspendida encima de sus cabezas, y todas sus preguntas habían topado con una pared blindada de silencio.

—La información no es un derecho, muchacho —le contestó Perrault, con una sonrisa interna debido a la inocencia del chico—. Una minoría maneja la verdad, y entrega a la mayoría una versión masticada de ella, algo que puedan tragar. De otro modo, la masa no sabe qué hacer con ella, se atraganta. Pánico, caos, desorden.

El sargento Lloyd rio entre dientes y palmeó el ancho brazo del francés.

—Mirad a Perrault, un tipo instruido. El único motivo que necesitas, chico, es que tus oficiales superiores han tomado esa decisión. Existe algo llamado cadena de mando.

—No cuestiono las órdenes. Solo tengo curiosidad —se apresuró a decir Butch.

Hubo un breve coro de risas.

—Curiosidad —masculló Smith entre dientes, a la vez que negaba con la cabeza como si le hubiesen contado un mal chiste.

—De todas maneras, no se atreverán —comentó Buch, insensible a las risas—. Los comunistas, me refiero. A empezar la guerra nuclear.

El sargento resopló.

—Quién sabe de lo que son capaces esos jodidos rusos. Ya has oído a esa comunista: «Yo no creo en ningún Dios». Cuando no tienes fe, todo está permitido.

El joven guardia frunció el ceño.

—Sí, pero al fin y al cabo, esa marina... es una mujer, ¿no? No va a dispararnos un misil.

—¿Crees que por ser mujer no está preparada para la guerra? —interrumpió Perrault—. Las mujeres soviéticas saben mucho de la guerra.

—Quítate las faldas de la cabeza, chico —gruñó en voz queda Lloyd—. No es una mujer, ¿entiendes? Es comunista. Es enemiga de la fe, de la familia y del mundo libre...

Sears entró en el refectorio, lo que produjo una oleada de murmullos entre el personal. Le acompañaba Underhill, un paso por detrás. La figura robusta y de rostro cetrino del responsable del Comité de Actividades Antiamericanas contrastaba vivamente con el capitán y su actitud decidida.

Perrault sentía cierta admiración por Sears. El capitán no controlaba la situación, pero necesitaba fingir que lo hacía.

—Atención, por favor —dijo Sears. No tuvo que alzar la voz para que todas las miradas estuviesen fijadas en él—. Como se habrán dado cuenta, nos enfrentamos a una situación delicada. No es agradable tener a los rusos encima de nuestras cabezas, pero les aseguro que no hay razón para que cunda el pánico. Se trata de una invasión de fronteras que no alcanzará mayores cotas que las del simple conflicto diplomático.

—Qué bien habla —susurró Lloyd.

—Qué bien miente —respondió ácidamente Perrault.

Sears seguía hablando. Alto, atlético y con el pelo rubio perfectamente peinado de nuevo, parecía una locura no confiar en él. Más atrás, eclipsado por su brillo solar, Underhill estudiaba a la audiencia con ojos depredadores.

—Control de tierra ya ha dado parte a las embajadas francesa, británica y también a la de la Alemania Federal —continuaba el capitán, con énfasis—. A su vez, se han abierto canales de comunicación con la Unión Soviética. Todo apunta a que se trata de una provocación rusa para medir la temperatura de su relación con la OTAN o de una simple confusión. Allí abajo darán algunas alertas, insultarán a los rusos con un lenguaje apropiado y diplomático y la astronave comunista se habrá retirado antes de cuarenta y ocho horas. No hay motivo de preocupación. ¿Ha quedado claro?

Hubo un tibio murmullo de asentimiento. Sears y Underhill intercambiaron una mirada y decidieron que era suficiente, por lo que se retiraron al comedor de los oficiales.

—Hay que ser imbécil para tragarse eso —rezongó Butch.

—Puede, pero es una información que pueden masticar, muchacho —replicó Perrault, con un asomo de sonrisa en los labios—. Y pocos quieren asfixiarse por propia voluntad.

—Ciento sesenta misiles nucleares... —susurró Butch, sobrecogido.

—No te ofusques, chico. Da igual cuántos misiles tengan. Uno solo basta para empezar la guerra.

* * *

Unos firmes golpes en la puerta de su cubículo sacaron a Perrault de la cama.

—¿Qué? —gruñó, abriendo la puerta.

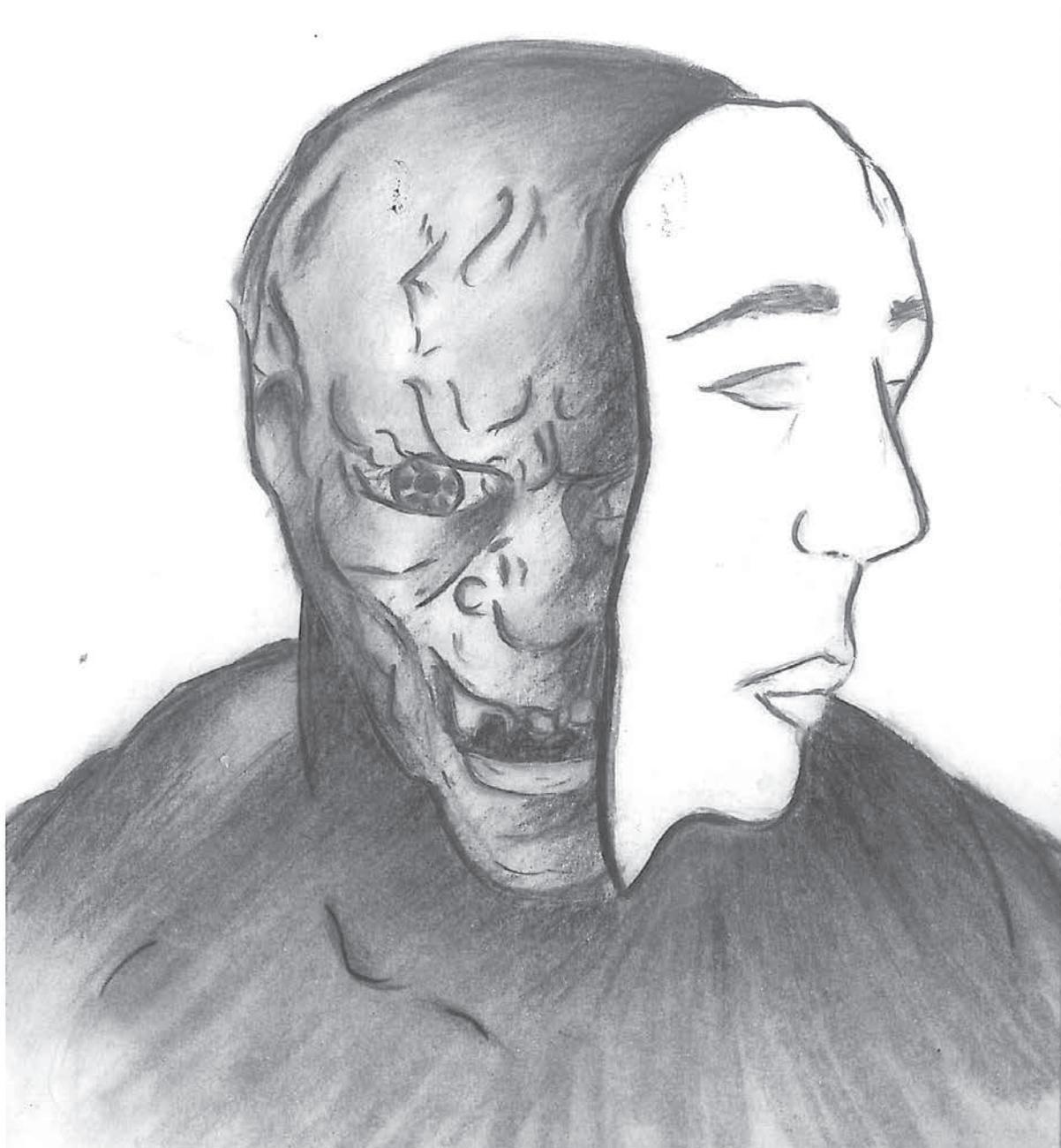
El sargento Lloyd, uniformado y con una expresión gris en el rostro, le observaba con ojos muertos.

—Vamos.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana. Vamos.

Perrault se quitó las legañas con una mano y se puso el uniforme con la otra antes de seguir a Lloyd por los estrechos pasillos de la nave, pobremente iluminados con luces ambarinas durante el ciclo de sueño de la estación. El sargento lideraba la marcha con un paso más



rápido del habitual; tenía la vista fija en el frente, como si no fuese capaz de mirar a nada más. A Perrault le pareció enfermo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Perrault.

—Ahora lo verás —repuso Lloyd, parco.

—¿Debo preocuparme?

—Sí.

Perrault se dio cuenta de que se estaban encaminando al cubículo médico.

—¿Ha enfermado alguno de los chicos?

—¿Enfermado? No —respondió el sargento con los dientes apretados.

El cubículo médico era un espacio amplio, si tenemos en cuenta las estrecheces habituales de la *Roosevelt* y los nichos angostos que los operarios llamaban habitaciones. La luz de los tubos fluorescentes, de un blanco aséptico, se reflejaba en los armarios de puertas de vidrio, en la camilla de acero inoxidable apenas cubierta por una sábana amarillenta, y en la cortina de lona blanca que la separaba del resto de la estancia.

El doctor Collingwood tenía algo de sobrepeso y una serie de papadas hipnóticas que se movían a medida que hablaba con su habitual flema británica. Se peinaba el cabello ralo hacia un lado, solía llevarse las manos al abultado vientre en un gesto apacible y, en resumen, su imagen irradiaba cierta tranquilidad a quienes lo rodeaban. En esta ocasión, sin embargo, el

doctor mantenía el rostro mortalmente serio mientras se frotaba un lado de la nariz con gesto mecánico.

Butch y Smith, con el sueño dibujado en sus caras y grandes ojeras, también estaban presentes, pero no eran los únicos. Bormann, el alto y delgado teutón que llevaba el sufrimiento de su país sembrado en lo profundo de los ojos, se daba leves pellizcos en el labio inferior en un gesto reflexivo, sin perder jamás la calma. Al otro lado de la estancia, Underhill tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, muy prietos, como si tuviese frío; un leve temblor sacudía su mejilla izquierda.

Y, por supuesto, estaba el cadáver. Más que una presencia, era una ausencia que parecía tratar de absorber todo lo que tenía a su alrededor, como uno de los agujeros negros que Perrault sabía que rugían en lo profundo del espacio, tratando de devorarlo todo.

El agujero negro de esa estancia había tenido un nombre, y Perrault lo descubrió al primer vistazo a la camilla metálica de Collingwood.

Sears yacía boca arriba, con su cuerpo de atleta que caía poco a poco en el *rigor mortis*. Tenía el cabello rubio alborotado y cubierto de sangre y fragmentos de hueso. Sus facciones, aunque impasibles, transmitían la misma serena seguridad que en vida, esa sensación que le convertía en un líder. Perrault esperaba poder excusarse de no seguirle hasta donde estaba en ese momento.

—Caballeros. —Underhill carraspeó sonoramente—. Creo que no hacen falta explicaciones.

Bormann entrecerró los ojos y también se aclaró la garganta.

—Yo creo lo contrario; es decir, más allá de lo evidente. ¿Doctor?

Collingwood se acercó a la camilla donde estaba el cadáver del capitán Sears y se frotó un lado de la nariz. Si tuvo deseos de carraspear, se contuvo.

—No poseo aquí material para hacer una autopsia en condiciones, pero... —Se detuvo, algo incómodo. Luego continuó con una voz más fría y profesional—. El proyectil penetró unos dos centímetros por encima de la cuenca del ojo izquierdo, astillando el hueso. El orificio de salida se encuentra en la parte posterior de la cabeza; la trayectoria destrozó el tronco del encéfalo. Para los legos, el encéfalo es la estructura que regula la respiración, el ritmo cardíaco...

—No hace falta ser médico para saber lo que pasa si te disparan en la cabeza, doctor —gruñó Lloyd, con cierta mordacidad.

El médico le lanzó una mirada ofendida. Sin embargo, prosiguió sin recoger el guante.

—Parece que el asesino estaba justo enfrente del capitán cuando apretó el gatillo —sugirió el sargento, que había centrado su atención en el cuerpo de su antiguo superior. —¿Dónde lo encontraron? —preguntó Perrault.

—En su cubículo —respondió Underhill, con un suspiro de cansancio—. En el suelo, con los sesos desparramados por esa alfombra tan cara...

—Underhill, por el amor de Dios —murmuró Bormann.

— ... no hay señales de que la puerta fuese forzada de ningún modo —continuaba Underhill, sin dar señales de haber oído al ingeniero alemán—. El armero de Sears sí que ha sido forzado. Falta una de las armas cortas: una pistola estándar y uno de los cargadores. Es de suponer que están en poder del asesino.

—Los orificios de entrada y salida encajan con ese tipo de arma. Para estar seguros, claro está, tendría que recurrir a pruebas que...

—¡No hay tiempo para pruebas! —exclamó Underhill, alzando la voz—. ¿Acaso saben lo que significa esto? Es Puñonegro. Está aquí.

El silencio se esparció entre ellos mientras lo verosímil se volvía evidente. Perrault lo quebró con una nueva obviedad:

—Y tenemos que atraparlo antes de que la paciencia de los rusos se agote —dijo, sintiendo un hormiguo en la base de la columna.

Collingwood se llevó las manos al abultado vientre.

—Bueno, tal vez si entramos en negociaciones con esa comandante, podamos llegar a un acuerdo...

Underhill negó enérgicamente con la cabeza.

—No negociarán, no en lo que respecta a Puñonegro. Además, no tenemos nada con lo que negociar. Marina Tarkovski tiene ciento sesenta misiles nucleares y la determinación de comenzar una guerra atómica. ¿Y nosotros? ¿Qué tenemos nosotros?

—A Puñonegro. Hipotéticamente —murmuró Bormann.

—Tienes razón. —Luego exclamó—: ¡Lloyd!

—Señor.

—Coja a sus hombres. Pongan patas arriba la estación, hagan lo que sea necesario. Encuentren a ese ruso renegado y tráiganmelo en papel de regalo. Y, por el amor de Dios, ¡dense prisa!

—Un momento, Underhill —interrumpió Collingwood, alzando una mano regordeta para frotarse después un lado de la nariz—. ¿Quién le ha dado el mando de esta estación al Comité de Actividades Antiamericanas?

Underhill miró al médico sin decir nada. Sus facciones carecían de expresión y sus ojos no reflejaban más que el brillo pálido de los fluorescentes. Su mejilla había dejado de temblar.

—La Vigésima Ordenanza de la OTAN, doctor Collingwood. Estamos en guerra.

Su voz recordaba a un papel rasgándose muy despacio. El médico asintió en silencio, después desvió la mirada.

—Sargento... —dijo en voz baja el nuevo oficial al mando de la *Roosevelt*.

—A la orden, señor.

* * *

Perrault trató de zafarse de la garra de Lloyd que le aprisionaba el hombro.

—Venga, sargento. No hace falta...

—No me hagas esposarte, Perrault.

Al salir del lavabo se había encontrado con las caras adustas del resto del cuerpo de Seguridad, todos con las manos en los cinturones de herramientas. Antes de que el sonido de la cadena acabase, le habían informado de su condición de sospechoso. Comprensivos, le dieron a elegir: por las buenas o por las malas. Por las buenas significaba dejarse conducir dócilmente hasta el despacho de Underhill; por las malas, unas esposas de alta seguridad y una ración de golpes. Perrault no se lo tenía en cuenta a los muchachos; la histeria colectiva les afectaba a ellos también. Y, después de todo, era solo un trámite.

Smith abría el camino de la comitiva y Butch lo cerraba, con expresión algo culpable. Condujeron a Perrault por los angostos pasillos de la estación hasta el despacho. Con el cubículo medio a oscuras, Underhill era solo una sombra agazapada tras el escritorio.

—Siéntate —dijo.

Perrault se dejó caer en la silla con pesadez.

—Quédese al otro lado de la puerta, sargento.

Cuando estuvieron solos, Underhill fijó su mirada en Perrault con expresión depredadora. Sus ojos comenzaban a habituarse a la falta de luz del cuarto al tiempo que la inquietud daba paso al enfado.

—¿Sabe por qué está aquí, Perrault?

—Dígamelo usted.

—¿Está enfadado?

—Se lo diré cuando lo sepa —replicó bruscamente Perrault.

Underhill se recostó en la butaca, con una sonrisa petulante.

—Me permito recordarle que la situación es de extrema gravedad. La conversación está siendo grabada. Por si se le ocurre alguna locura, sepa que Lloyd y sus compañeros están al otro lado de la puerta, y les he dado permiso para emplear a placer esas porras extensibles.

—No soy propenso a hacer locuras.

—Y lo celebro, Perrault. Haga honor a esa afirmación. La guerra nuclear podría empezar mañana.

—Podría empezar hoy.

—Cierto. ¿No cree que la situación impone comportarse a la altura de las circunstancias pese a las leves incomodidades que pueda ocasionar?

—Supongo que sí. Adelante, Underhill.

Su interrogador clavó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos. Perrault ya distinguía a la perfección los rasgos de su cara.

—Jean Antoine Perrault, número 9234357. ¿Es correcto? —comenzó Underhill.

—Sí.

—Universidad de París, notas excepcionales. Cinco idiomas: francés, inglés, alemán, ruso, japonés. Promocionado a Operaciones Conjuntas hace diez años. ¿Cómo acabó aquí, en el personal de seguridad?

—Está en mi ficha, léala —replicó Perrault fríamente.

—Quiero que lo diga usted. Para la grabación, ¿comprende?

Perrault lanzó un sonoro suspiro antes de responder.

—No pasé las pruebas. Ciencias del Comportamiento me consideró... inapropiado.

—Creo que la palabra que busca es *inestable* —apuntó Underhill—. ¿Sabe por qué se le catalogó así?

—Pregúnteselo a los psicólogos, Underhill. O lea mi ficha. Probablemente esté ahí.

—Probablemente —asintió el otro, con una sonrisa asomándole en los labios. Perrault sintió deseos de borrarla de un puñetazo. Underhill continuó—: ¿Ha incurrido en alguna actividad que pueda considerarse antiamericana?

—Soy francés —se indignó.

—Eso no responde a la pregunta.

—¡La pregunta es una estupidez!

Underhill estrelló la palma de la mano contra la mesa y se inclinó hacia delante, como un sabueso oliendo sangre.

—El mundo libre podría caer mañana. ¡Responda a la pregunta!

—No.

—¿No?

—Eso he dicho —repuso Perrault, tozudo.

Underhill negó con la cabeza, sacó algo de un cajón del escritorio y lo soltó encima de la mesa. El manoseado paquete de tabaco se deslizó hasta quedar delante de Perrault.

—¿Le apetece un pitillo? —le preguntó malignamente Underhill.

—Señor, yo...

—Hemos encontrado esto escondido en su cubículo. Sus compañeros de Seguridad lo han encontrado, más bien. ¿Sabe que el suministro de oxígeno de esta estación es limitado?

Perrault guardó silencio.

—No necesito recordarle que, como miembro del personal de la OTAN, está usted sujeto a la ley militar. Como tampoco necesito recordarle que fumar en una estación espacial es una conducta de riesgo, una irresponsabilidad. Y está penada.

—Mi tabaco no me convierte en Puñonegro —respondió Perrault, razonable.

Underhill lanzó una carcajada seca.

—Desde luego que no. Pero usted no me cae bien, Perrault. Demasiado orgulloso, demasiado cínico, demasiado respondón. Y esto me da ventaja sobre usted.

—Entiendo la situación, señor. Siga preguntando.

—¿Pertenece o ha pertenecido al Partido Comunista?

—¡No!

Underhill volvió a recurrir al cajón de su escritorio. Perrault se puso en tensión; comenzaba a odiar ese cajón. Un libro cayó en la mesa.

—¿Reconoce este libro?

—Es *El círculo de tiza caucásico*, de Bertolt Brecht —respondió.

—También lo hemos encontrado en su cubículo.

—¿Y qué? Es una obra de teatro.

—Brecht es un autor comunista.

—Joder. Reed, Trumbo, Hamett, Brecht... Pronto será comunista hasta el presidente —rezongó.

—¿El tuyo o el mío, Perrault? —replicó Underhill, iracundo.

—Cualquiera de los dos.

El interrogador se apretó el puente de la nariz con las manos y emitió un hondo suspiro.

—Pasaré eso por alto, Perrault.

—Está dando palos de ciego, Underhill. Hemos puesto patas arriba la estación, lo que ha anulado el efecto de las mentiras tranquilizadoras de Sears. No hay operario que no haya visto sus pertenencias arrojadas al suelo en una búsqueda fútil de pruebas, y todo ha sido inútil. La pistola se ha esfumado. No hay ninguna otra prueba. Esta búsqueda frenética les está poniendo nerviosos, y las «medidas de presión» que nos obliga a emplear están empeorando mucho las cosas. Diría que hay cierto riesgo de que los operarios se comporten como... antiamericanos. ¿No le preocupa eso?

—¿Sinceramente? No mucho, Perrault. Si no encuentro a Puñonegro, nuestros restos estarán flotando por el espacio. ¿Es que no entiende la situación?

—No se atreverán a comenzar una guerra nuclear...

—¿Ha matado al capitán Sears? —atacó de pronto Underhill, brusco.

—¿Disparar dentro de una estación espacial? ¿Cree que estoy loco?

—Loco, no. Inestable, tal vez.

Perrault lanzó una carcajada de incredulidad y alzó las manos hacia el techo.

—No me hubiese arriesgado a que la bala alcanzase un conducto de oxigenación u otro de los sistemas de soporte vital. Creo que le hubiese estrangulado. Quiero decir, si fuese inestable y tuviese motivos para matarle.

—¿Y los tenía?

—El capitán no encontró mi tabaco. Y no soy Puñonegro.

La cabeza de Underhill cayó hacia delante, como si fuese una marioneta y uno de los hilos hubiese cedido de pronto. Parecía desesperado, tal vez a punto de llorar.

—Puede irse —graznó.

Perrault se levantó lentamente.

—Le veré cuando estemos flotando en el espacio, Underhill —se despidió—. Trate de bracear hasta Washington. Si sigue teniendo brazos, quiero decir.

—Tiene que haber esperanza —respondió el hombre, derrotado y con voz ronca.

—La esperanza es el peor de los males: prolonga el tormento del hombre —citó Perrault.

—¿No tiene miedo?

—La desesperación nace de la esperanza. Estoy aterrorizado, Underhill. Tengo miedo de los átomos, y de lo que hacen cuando se rompen. Tengo miedo de que algo tan pequeño pueda crear un terror tan grande. Tengo miedo de que los rusos toquen la primera nota y los átomos empiecen a bailar. Tengo miedo sin parar. Simplemente... estoy más allá de la desesperación.

Underhill negaba con la cabeza, sin alzar la mirada.

—Me he convertido en Muerte, destructor de mundos... —citó Perrault.

—¿Oppenheimer?

El francés negó con la cabeza.

—Sí, pero pensaba en Puñonegro —aclaró—. Solo me preguntaba qué sentirá al ser autor del apocalipsis.

* * *

El silencio en el refectorio era tenso. Butch estaba sentado en una de las mesas, con los pies apoyados en uno de los bancos corridos; una de sus rodillas se movía ininterrumpidamente, botando una vez tras otra, reflejando su nerviosismo. Por enésima vez, echó un vistazo a su reloj de muñeca.

—Deja de mirar la hora, hijo —murmuró Lloyd sin mucho entusiasmo, al tiempo que sacudía la cabeza pesadamente.

—Deja al chico —replicó Smith, moviendo la cabeza despacio para estirar los entumecidos músculos de su cuello.

—Eso —apuntó Perrault—. ¿O es que no quieres saber cuánto falta para el fin del mundo?

—Poco —gruñó Lloyd—. Me basta con eso.

Perrault gruñó mientras se ponía un pitillo entre los labios. Nada más encenderlo, aspiró una gratificante bocanada de humo, que expulsó sonoramente poco después. Sus tres compañeros de Seguridad le miraban atónitos.

—¿Qué? La *Roosevelt* tiene oxígeno para catorce meses, ¿no? No vamos a durar tanto, ¿a quién le importa que me fume un par de cigarrillos?

—Ya no hay nadie a quien le importe —asintió el joven Butch, encogiéndose de hombros.

Era cierto. El refectorio estaba vacío: la única compañía de los cuatro era la presencia ominosa de la *Dimitrov*, más allá del ventanal transparente de la estancia. Underhill estaba encerrado en su despacho, y se rumoreaba que había cogido uno de los fusiles de la caja de seguridad del capitán Sears. Lloyd les había dicho que Collington estaba en su cubículo médico, admirando las dosis de insulina con ojos vidriosos. Nadie era capaz de encontrar a Bormann.

Y los operarios... En realidad, a nadie le importaban los operarios.

—¿Por qué no se entrega? —estalló de pronto Butch, bajándose de la mesa de un salto—. ¿Por qué?

Perrault hizo ademán de tranquilizar al chico, pero luego abandonó la idea. ¿Qué importaba? En su lugar, dijo:

—Esa persona, si se la puede llamar así, es responsable de la muerte de nueve millones de personas. Alguien capaz de hacer algo así... —Resopló—. En todo caso, no creo que sea precisamente un ejemplo de autosacrificio.

La cara de Butch estaba retorcida por la ansiedad y el miedo. Parecía a punto de sollozar.

—No puedo entender cómo alguien puede ser capaz de sabotear una central atómica sabiendo que la explosión va a arrasarse una ciudad, por mucho que sea en territorio comunista. Pero aún menos puedo entender que provoque deliberadamente una guerra atómica.

—¿Recordáis lo que decían? —murmuró Smith en tono casi nostálgico—. La acumulación de armas nucleares por parte de las superpotencias hace que su poder destructivo sea tan enormemente grande que, de haber una guerra, acabarían una con otra sin remedio. «Destrucción mutuamente asegurada», eso decían. El antídoto contra el fin del mundo.

—Tarados —rezongó Perrault—. La humanidad lleva tratando de exterminarse desde que descubrió que podía atar una piedra a un palo. Y ahora que ha resuelto el puzzle de la naturaleza, el poder del átomo... Está deseando sacarlo a pasear.

—Jodidos rusos... —gruñó Lloyd.

—Eh, no fueron los rusos quienes dejaron caer dos bombas atómicas sobre población civil —apuntó Perrault.

Lloyd hizo ademán de responder, pero Smith dio un golpe sobre la mesa para atraer la atención.

—Basta. No tiene sentido. Vamos a presenciar el fin del mundo, ¿no es cierto? Yo digo que nos emborrachemos.

—Es la primera buena idea que he oído en mucho tiempo —celebró Perrault.

Poco después, habían asaltado la reserva de licores de los oficiales y daban buena cuenta de ella, con el entusiasmo que produce la cercanía de la muerte.

—La existencia humana es un error natural, un accidente genético —murmuró el francés, que miraba con gesto ausente el contenido de su vaso—. Lo que fue creado por la naturaleza será destruido por la naturaleza. El círculo se cierra... Todo ha sido inútil, desde el momento en el que el primer mono tuvo la grandiosa idea de andar sobre dos patas. Podría haber seguido apoyándose en los nudillos, ¿no?

—¿Qué dices? —cortó Butch.

—No sé. Voy a morir y empiezo a estar borracho —respondió. Luego dio un larguísimo trago a su vaso para a continuación volverlo a llenar—. ¿Sabéis lo que os digo? Vamos a morir, pero al menos el resto no tardará mucho en acompañarnos. Los de abajo, me refiero. El baile de los átomos hará saltar por los aires el Muro, la Casa Blanca, el Kremlin y hasta la jodida Torre Eiffel, ¿qué os parece eso? Podremos morir, pero por lo menos no vamos a perdernos nada bueno. ¿No es un consuelo?

La cara de Butch se descompuso. Perrault le palmeó el brazo con cierta incomodidad.

—Vamos, vamos. No pretendía atormentarte. Solo que el fin del mundo me pone pensativo. Y es mejor ver lo bueno, ¿no?

—El alcohol te ha vuelto charlatán —comentó Lloyd con fastidio—. Te prefería como eras antes.

—El alcohol y la muerte —rio Smith, que también se había castigado el hígado con determinación y tenía la voz pastosa.

Perrault volvió a servirse y siguió hablando. Le apetecía hablar, sentía casi júbilo.

—Me da por pensar en Puñonegro, ¿sabéis? Bueno, por su culpa estamos en esta situación. Por su culpa va a morirse el mundo, como una cucaracha aplastada por una bota atómica, ¿no es cierto? —Rio, y hasta a él mismo le pareció una carcajada estúpida—. Imagináoslo: sabotear esa central en Volgogrado, partirle la cabeza a los técnicos con la barra de hierro y acceder a la sala de control; saber que tienes en tus manos nueve millones de vidas, que dependen solo de ti, de tu decisión. Que dependen de una cosa tan pequeña, tan estúpida y tan irrisoria como un átomo. Algo tan pequeño que no se ve, que no tiene consciencia, que ni siquiera está vivo, pero que si se parte... ¡Puf! Lo borra todo.—Agitó la mano en el aire para ilustrar lo que estaba diciendo, luego continuó—. Una sensación de poder que casi no se puede imaginar, ¿no? Casi insuperable, casi. Salvo por provocar el fin del mundo. El pistoletazo de salida de la guerra nuclear, los átomos saliendo a bailar, el mundo arrasado. Ese cabrón se ha superado a sí mismo, ¿no creéis? —Butch le miraba con los ojos muy abiertos; casi se le salían de las órbitas. Estaba pálido—. Pero, ¿sabéis lo que os digo? El mundo tenía que acabarse en algún momento y me alegro de no estar allí abajo cuando el violinista comience a tocar.

—El pánico te ha vuelto loco, Perrault —dijo Lloyd, con filosofía—. Pero en algo estoy de acuerdo: mejor decir adiós aquí arriba, en un segundo, que sufrir las consecuencias de todo esto allí abajo. Aun así, lo sentiré por...

—Ya estarás muerto, no sentirás nada —apuntó Perrault.

—Y bien cierto que es —asintió Lloyd antes de decir—: Idiota.

Butch aún lo miraba con los ojos muy abiertos. Estaba cada vez más pálido.

—Eres tú —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo dices? —inquirió Perrault.

—Eres tú —dijo con la voz cada vez más firme y clara—. Nunca dijeron lo que había pasado. Nunca dieron los detalles. Nadie sabe si golpeó a los técnicos con una barra, o si les disparó, o si los despistó. ¡Nadie sabe eso! Solo los rusos... y Puñonegro.

—Solo lo imaginé —dijo, sonriendo—. Estoy borracho.

—Y después ese insoportable monólogo... —rugió Butch mientras apretaba los puños—. ¡Era una justificación! Eres tú, ¡tú! Siempre has sido tú. Podemos salvarnos. El mundo puede salvarse. ¡Cogedle!

Lloyd, Smith y Butch saltaron sobre él al mismo tiempo, con la cara deformada por la tensión. Smith cogió una de las botellas de licor por el cuello. Lloyd estaba más cerca de él, y ya alargaba una mano para agarrarle...

Perrault disparó a Lloyd en la garganta, a quemarropa. El sargento lanzó un gorgoteo húmedo y cayó al suelo, desmadejado.

—¡Atrás! —gritó Perrault, agitando la pistola—. Smith, deja la botella sobre la mesa y da un paso atrás. Los dos, dad un paso atrás.

Smith y Butch retrocedieron a regañadientes, con la vista fija en el arma que empuñaba. Lloyd lanzó un estertor burbujeante. Perrault desvió su atención hacia el caído el tiempo suficiente para meterle otra bala en la cabeza y acabar con su sufrimiento.

—¡Basta! —gritó Smith, desesperado—. ¡Esto es una estación espacial, idiota! ¡Vas a matarnos a todos!

Perrault lanzó una carcajada sonora.

—¿Y cuál es la diferencia? —dijo. Luego levantó el arma y disparó un tercer tiro hacia el techo.

Los dos dieron un respingo, pero cuando quisieron reaccionar volvían a estar en el punto de mira.

—¡Estás loco!

—Nadie puede matar a nueve millones de personas sin sufrir las consecuencias —admitió Perrault.

—Tú... Tú mataste a todas esas personas —murmuraba Butch, sin poder creérselo.

—¡Porque vosotros me pagasteis para que lo hiciese! —bramó, al tiempo que movía el cañón de la pistola como un dedo acusador.

Butch dio un cauteloso paso, abriendo los brazos en un gesto apaciguador.

—El pasado que en el pasado se quede —dijo, conciliador—. Pero esto no tiene por qué pasar ahora, ¿entiendes? Puedes salvarnos. Puedes salvar el mundo. Entrégate.

—Los rusos me matarán, pero antes se encargarán de que sufra. Mucho. Vosotros haríais lo mismo, o peor.

Butch asintió con expresión franca.

—Sí, pero nos salvarás a todos los demás, ¿entiendes? A todos los seres humanos del planeta.

—¡No me importa! ¡Yo no soy el culpable, soy solo el instrumento! —gruñó—. Si no hubiese sido yo, hubiese sido otro. Yo soy la bala, pero vosotros, el mundo libre, Estados Unidos, la jodida OTAN, fuisteis el dedo en el gatillo. ¿Por qué tengo que pagar por vuestros crímenes?

—Entra en razón, Perrault...

—¡No me llamo Perrault! Y no voy a ser una marioneta. Maté por vosotros a nueve millones de personas, destrozándome a mí mismo en el proceso. ¡Y, aun así, Sears quería entregarme! «Piensa en las repercusiones», me dijo, «no tengo otra opción». Él no pensó en las repercusiones. ¿Por qué vale mi vida menos que la vuestra?

—Solo eres uno...

—¿Y qué? ¿Acaso sé que el mundo seguirá existiendo si cierro los ojos?

—¡No seas loco!

Apuntó a Butch directamente a los ojos.

—No vuelvas a llamarme loco, muchacho.

Para su sorpresa, el joven le dedicó una ancha sonrisa, sin rastro de miedo.

—Queda un minuto para el fin del mundo —dijo, a la vez que señalaba su reloj—. No puedes amenazarme. Pero esto no tiene por qué acabar así. Morirás, pero los libros de historia te recordarán como un héroe. El hombre que se sacrificó para salvar el mundo.

—No me importan los libros que escriban, no podré leerlos. Estaré muerto, como todos vosotros. ¿Qué más da que muráis si yo muero? ¿Qué importancia tiene?

—Perrault...

Disparó a Butch dos veces en el pecho, luego vio con gesto ausente cómo caía.

Smith se arrodilló junto a él, lo sacudió, buscando señales de vida que no podría encontrar.

Puñonegro se acercó con lentitud al gran panel transparente que dejaba ver la enorme mole de la *Dimitrov*. Sonrió salvajemente.

—¿Sabes qué hora es, Smith? —Silencio—. La hora del fin del mundo. Saluda al apocalipsis.

—Nos has matado —respondió al final el otro, con una voz tan rota que casi no podía reconocerla—. Nos has matado a todos.

—Todo acaba en algún momento, ¿por qué es este peor que otro? ¿Escuchas la música, Smith? ¿Escuchas el sonido del violín?

Las estelas de los misiles se desplegaron ante sus ojos, doradas y hermosas como los rayos del sol en primavera.

—Nos invitan, Smith. Nos invitan a bailar.

Puñonegro abrió los brazos hacia el misil que se precipitaba directamente contra el panel. Sonreía con lágrimas en los ojos. Pétalos de luz blanca florecieron ante él, rugientes y puros, bellos y terribles.

Los átomos comenzaron a bailar.

El fuego lo arrasó todo.



Un padre nuestro y un avemaría

Por: Miguel Ángel Zúñiga





Hay cosas viejas que nunca envejecen, porque siempre conservan no sabemos qué de sencillo y original.
(Luis González Obregón, Las Calles de México)

Durante muchos años, la Zona Centro de la Ciudad de México se consideró altamente conflictiva por el flujo descontrolado del comercio ambulante y su falta de infraestructura, lo que se reflejaba en calles descuidadas, alumbrado público abandonado, transporte público y tráfico deficientes, todo ello aunado a la alta inseguridad, que aumentaba al caer la noche.

Estas circunstancias afectaron al comercio y al atractivo turístico de la zona, por lo que, cuando el gobierno federal se separó del capitalino, lentamente el último proyectó el llamado *Rescate del Centro Histórico*. Durante los años siguientes, tras la remoción del comercio ambulante de las calles, la iluminación, el tránsito, la seguridad y otros aspectos fueron refinándose con el objetivo de crear una zona de alto atractivo turístico.

Desde entonces, el Centro de la Ciudad de México ha vuelto a ser una zona donde la gente puede pasear a altas horas de la noche, en soledad o compañía, para disfrutar de un café o cenar antes de entregarse a la vida nocturna. O simplemente para tomar un refresco sentado frente a un zaguán cerrado, junto a una tienda de conveniencia de 24 horas, viendo a la gente pasar y poniendo especial atención en aquellos que caminan solos. Particularmente en uno que, desde hace más de una hora, permanece de pie en la esquina de la banqueta, con la mirada baja y oculta bajo un sombrero de tipo fedora y los brazos cruzados sobre su saco color gris carbón de solapas anchas.

Rodolfo se levanta y deja a un lado la botella de refresco que había estado bebiendo al pie del zaguán. Luego busca algo en uno de los bolsillos de su chamarra mientras se acerca al hombre del sombrero, quien no se ha percatado de su proximidad hasta que Rodolfo habla:

—¿Un cigarro, amigo? Parece que le hace falta...

El hombre voltea y baja la mirada a la cajetilla que Rodolfo le extiende. Dudando por un momento, finalmente se decide a tomar uno y musitar un agradecimiento. Rodolfo saca otro cigarrillo junto con el encendedor y, mientras le acerca la llama al hombre, protegiéndola con su mano de las frías corrientes de aire nocturno, pone especial atención en cómo el del sombrero observa con interés el cigarrillo; juguetea con él un segundo y relame sus labios antes de colocarlo en su boca y recibir el fuego. Y, mientras enciende el suyo, Rodolfo no deja de prestar atención a aquel hombre: la manera en que aspira el cigarrillo y exhala el humo casi mecánicamente, mientras su mirada se pierde de nuevo en la profundidad de las calles que convergen en esa esquina.

—¿Esperando a alguien? —pregunta Rodolfo, entre bocanadas.

—Sí... No... A nadie en especial... —respondió el hombre de forma entrecortada, con la mirada aún perdida en las calles—. Hay mucha gente ...—añadió—. Demasiada.

—Debería ver cuando hay conciertos gratuitos en el Zócalo —comentó Rodolfo—. No es de por aquí, ¿cierto?

—De España... Pero vivo en la ciudad...

—¿Desde cuándo?

El hombre intentó responder pero, en cambio, parecía que algunas ideas tropezaban en sus labios sin alcanzar a salir. Todavía dándole la espalda a Rodolfo, volteó hacia la más solitaria de las calles que cruzaban en la esquina.

—No conozco esta calle —susurró.

Rodolfo dio un rápido vistazo a su alrededor, asegurándose de que nadie estuviera demasiado cerca de ellos. Luego se acercó un poco al hombre mientras le hablaba:

—Si está perdido yo puedo ayudarlo... Solo dígame en qué calle vive.

Nuevamente el hombre parecía querer responder, pero solo conseguía permanecer en silencio y con la boca entreabierta. Rodolfo se acercó un paso más.

—¿No recuerda dónde vive?

—Sí, en... No reconozco esta calle...

—Han cambiado mucho, pero no se preocupe. Yo puedo ayudarlo. —Rodolfo extendió su mano lentamente hacia el hombro de aquel sujeto—. Solo...

—Buenas noches —susurró el hombre antes de echar a andar rápidamente hacia el fondo de la calle más solitaria, dejando a Rodolfo con el brazo extendido mientras lo veía caminar.

Lo siguió con la mirada para asegurarse de no perderlo y le dio un rápido vistazo a su reloj de pulsera. Lanzó un bufido de frustración al ver la hora que era y, de sus labios, dejó caer la mitad del cigarrillo, apagándolo con la suela de su bota antes de empezar a seguirlo. El cielo nocturno comenzaba a nublarse.

* * *

El hombre del sombrero avanzó por la calle hasta que la luz de los faroles y anuncios de neón dejó de lastimarle los ojos, y el cigarrillo que no le sabía a nada se consumió entre sus labios. Dejó caer la colilla al suelo cuando llegó al portón de una vieja vecindad abandonada, cuya fachada se caía a pedazos desde hacía años. El hombre del sombrero se recargó en la pared junto al portón, abrazándose a sí mismo para mitigar el frío.

Poco después, en un extremo de la calle, vio que una figura se aproximaba hacia él apoyándose en la pared, en los postes y en donde fuera que su ligero vaivén se lo permitiera. El hombre del sombrero llevó su mano al interior del saco y esperó a que la figura —un hombre robusto, ataviado con un overol azul y ligeramente embriagado— se acercara lo suficiente para salirle al paso:

—Perdone usted, ¿sabe qué horas son? —le preguntó con una voz profunda y una expresión ligeramente mordaz asomándose entre sus labios. El recién llegado le miró un segundo, visiblemente aturdido. Luego bajó su mirada a su reloj de muñeca:

—*Pos orita* le digo... Apenas son las...

—No le responda —dijo una voz tras ellos. El hombre del sombrero se dio vuelta para ver quién estaba interrumpiéndolos. El individuo se acercaba a ellos, con las manos dentro de los bolsillos de una chamarra negra. Se trataba del mismo sujeto que le había obsequiado un cigarrillo hacía unos minutos y quien ahora solo dio una orden:

—Váyase.

El hombre del overol estuvo a punto de alegar pero, antes de que dijese nada, Rodolfo abrió un costado de su chamarra, dejando ver la culata de una pistola que asomaba de una funda bajo su axila. El hombre del overol dio unos pasos hacia atrás para recobrar suficiente fuerza y equilibrio; luego echó a correr y se alejó en dirección contraria, mientras las primeras gotas de lluvia empezaban a caer.

El hombre del sombrero encaró a Rodolfo con una mirada firme y una voz que resonó a lo largo de la calle.

—¡¿Cómo se atreve a interferir?! ¡¿Quién se cree usted...?!

—Ya es suficiente, Juan Manuel... Esto debe parar.—Rodolfo ocultó de nuevo la pistola y se acercó un poco. En cambio, el hombre del sombrero retrocedió hasta la pared de la vecindad y sacó la mano diestra del interior de su saco. El filo de una daga brilló en su mano por un segundo bajo la luz de una luna que empezaba a ocultarse tras las nubes negras.

—¡¿Cómo sabe mi nombre?! ¡¿Qué demonio lo ha enviado a interferir en...?!

—Ese hombre iba a decirte la hora y tú ibas a matarlo. Lo has hecho antes. Lo has venido haciendo durante siglos. Solo que ahora ya han sido demasiadas víctimas. Tantas que has llamado mi atención.

Rodolfo siguió avanzando. En la distancia, las campanas de la Catedral Metropolitana comenzaron a repicar.

—Exijo que me diga quién es usted...

—Conozco y he enfrentado a seres como tú, Juan Manuel...

Con cada campanada el hombre del sombrero se veía cada vez más angustiado, pero seguía sosteniendo la daga con firmeza.

—Perdone usted, ¿sabe qué horas son? —preguntó, sumamente nervioso.

—Pero tú... Tú eres diferente, Juan.

—¡¿Sabe qué horas son?!

—No te lo voy a decir.

La onceava campanada y el rugido de un trueno se mezclaron con el grito de Juan Manuel cuando se arrojó contra Rodolfo blandiendo el cuchillo. Rodolfo giró el torso y desvió la puñalada con el antebrazo, al mismo tiempo que lo hacía tropezar con su pie. Juan Manuel cayó sobre el suelo de la banqueta y, antes de poder levantarse, Rodolfo ya le retorció tras la espalda el brazo con que sostenía el puñal.

—No eres como otros que he visto antes —dijo Rodolfo, torciendo el brazo con más fuerza aún—. No eres una proyección impresa en los muros de una vieja casa. Tampoco una invocación o una aparición etérea. Tienes conciencia, mente propia, sin ataduras a ningún lugar... Incluso has empezado a encarnar...

Torció el brazo con suficiente fuerza para obligar al hombre del sombrero a gritar y a soltar la daga, que cayó al suelo. De inmediato el arma se evaporó entre la lluvia que ya empezaba a arreciar.

—Eso no es normal, Juan Manuel... Al menos entre lo normal que yo acostumbro... Carajo, ni siquiera debería poder tocarte y tú no deberías lastimar a nadie, fuera de causarles un asomo de infarto... Pero has apuñalado a cuatro hombres en menos de un mes, en esta misma zona... cerca de donde tenías tu casa, ¿recuerdas?

Aunque la lluvia le obstruía la vista, notó cuándo Juan Manuel se giraba para atacarlo con la misma daga que había dejado caer antes y que ahora sujetaba en su brazo izquierdo. Rodolfo lo soltó y alcanzó a retroceder de un salto.

—¡¿Cómo sabe eso! —gritó Juan Manuel mientras se ponía de pie.

—Todo está en los registros de Portacoelli —contestó Rodolfo—. Tu nombre completo era don Juan Manuel de Solórzano, español de nacimiento, íntimo amigo del marqués de Cadreita durante su virreinato en esta misma ciudad. Te casaste con Mariana de Laguna, hija de un rico minero de Zacatecas.

Rodolfo se preparó para recibir otra embestida e incluso para desenfundar su arma; esperaba que la encarnación de don Juan Manuel fuera lo suficientemente real como para lograr lastimarlo si su plan original no funcionaba. Pero don Juan Manuel permaneció de pie con la mirada fija en la daga que sostenía en su mano, dejando que la lluvia resbalara sobre su sombrero hasta las hombreras de su saco. Rodolfo siguió hablando.

—La celabas mucho, especialmente por el tiempo que pasaste preso debido a un complot contra el virrey. Allí te informaron de que él y otros hombres visitaban a tu mujer con demasiada frecuencia... Por eso hiciste aquel trato.

Un relámpago cayó repentinamente y Rodolfo dedujo que debió impactar en algún transformador u otro punto sensible de la red eléctrica, pues de inmediato las pocas luces de la calle se apagaron por completo. Ambos hombres quedaron en medio de la oscuridad, bajo un aguacero torrencial..

—¡¡Se estaban burlando de mí!! —aulló Solórzano.

—Las voces con quienes hiciste el trato te dijeron que debías esperar fuera de tu casa a quien llegara al punto de las once de la noche y matarlo. Y lo hiciste. Durante varios días. Hasta que tu última víctima fue tu propio sobrino, al que habías mandado llamar para que te ayudara a encargarte de tus negocios, pues ya no tenías cabeza para otra cosa.

—¡¡Basta!! —Don Juan Manuel se arrojó de nuevo contra Rodolfo, quien otra vez giró para esquivarlo y empujarlo de espaldas contra la pared al mismo tiempo que lo sujetaba de las muñecas. Más truenos y relámpagos caían con una fuerza estridente.

—¡Corriste a la iglesia para confesarte y el sacerdote te absolvió! Pero algo ocurrió durante tu penitencia, ¿cierto?

—Tres rosarios —susurró Solórzano—. Mandó que rezara tres rosarios durante tres noches seguidas. Solo completé dos...

—¡¿Qué ocurrió en el tercero?!

—No pude... Las voces... ¡¡Fueron las voces!!

Rodolfo soltó la mano desarmada mientras buscaba algo en el bolsillo de su propio pantalón.

—Apareciste colgado de la horca pública al día siguiente. Estás absuelto espiritualmente, pero no has cumplido tu penitencia. Por eso sigues así, acumulando fuerza con cada año que pasa... Y eso tiene que acabar, Solórzano. ¡Tú mismo quieres que acabe!

Finalmente sacó un objeto del bolsillo y lo puso frente al rostro de don Juan Manuel Solórzano. El rosario y su crucifijo plateado bailaron un segundo ante la mirada de ambos.

—Y realmente... —dijo Rodolfo—. Realmente no se me ocurre otra forma de hacerlo.

Don Juan Manuel dudó un momento antes de tomar el rosario con su mano liberada. Luego empezó a rezar nerviosamente con una voz que apenas se escuchaba por encima de la lluvia y los relámpagos:

—Creo en Dios, padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra...

Rodolfo lo liberó cuando vio que Solórzano dejaba caer la daga al suelo, que otra vez se desvaneció bajo la lluvia. Cuando la voz de don Juan Manuel anunció el primer misterio, un trueno y su grito de dolor se mezclaron mientras caía de rodillas sobre el suelo.

—¡¡No te detengas, continúa!! —le apuró Rodolfo—. ¡¡Sigue rezando!!

Don Juan Manuel siguió con los rezos, de rodillas y sin soltar el rosario, hasta llegar al segundo misterio. Entonces se detuvo y su mirada volteó a todas partes.

—¿Las escucha? —preguntó, aterrado—. ¡Las voces! ¿Las escucha?

—¡¡Sigue rezando!!

Solórzano obedeció y siguió con las avemarías, la gloria y la jaculatoria. Cuando llegó al tercer misterio, el viento arreció sobre la calle, arrojando la lluvia directamente contra ellos. Entonces Rodolfo escuchó las voces:

—¡Un padre nuestro y un avemaría por el alma de don Juan Manuel! ¡¡UN PADRE NUESTRO Y UN AVEMARÍA POR EL ALMA DE DON JUAN MANUEL!!

Entre aquellos bramidos, el estruendo de la lluvia, del viento, de los truenos, relámpagos y de sus propios sollozos, don Juan Manuel de Solórzano siguió con sus rezos hasta llegar al cuarto misterio. La calle permanecía en profunda oscuridad, pero Rodolfo pudo distinguir que el traje de dos piezas y el sombrero fedora de Solórzano habían cambiado por una casaca, unas botas altas, un sombrero de ala ancha y una capa que lo envolvía por completo. Eso no detuvo sus rezos.

Cuando llegó al quinto misterio, don Juan Manuel volvió a arrojarse sobre Rodolfo, quien a duras penas detuvo la daga antes de que lo hiriese. Sin embargo, resbaló en el asfalto mojado y ambos cayeron sobre la banqueta. Los ojos y el interior de la boca del español brillaban con un resplandor blanco e intenso, mientras seguía rezando el rosario. Rodolfo lo sujetaba de las muñecas con fuerza, evitando que la hoja de la daga alcanzara su pecho. Mientras tanto le gritaba:

—¡¡Continúa!! ¡¡No pares!!

La voz de don Juan Manuel pasó al salve, parte final del rosario. Entonces la tormenta se desató violentamente a su alrededor mientras las voces resonaban en sus cabezas. Rodolfo se angustió al sentir que sus manos empezaban a traspasar las muñecas del español, cuya voz,

conforme se acercaba al final del rosario, se escuchaba como la de miles de personas rezando al mismo tiempo:

— *... por su piadosa intercesión seamos liberados de los males presentes y de la muerte eterna... Por el mismo Cristo nuestro señor... Amén.*

De repente, Rodolfo sintió sus manos cerrarse alrededor del aire y la lluvia. El puñal se enterró a mitad de su pecho, incrustándole la sensación de un metal helado que, de inmediato, comenzara a arder al rojo vivo. Su grito de dolor se vio ahogado por el de don Juan Manuel mientras levantaba su cabeza. El resplandor de sus ojos y boca se convirtieron en haces de luz que se elevaban hacia el cielo. Un último trueno silenció la noche...

* * *

Lo despertaron las últimas gotas de lluvia sobre el rostro y una sensación cálida en su pecho. Su primer reflejo fue buscar con su mano el punto donde Solórzano lo había herido, pero se percató de que no existía hendidura alguna en su ropa ni en su piel. Las estrellas brillaban sobre su cabeza. Una letanía llegó a sus oídos. Sin levantarse del suelo giró la cabeza hacia el fondo de la calle, donde, con la vista aún nublada por las gotas que caían sobre sus ojos, distinguió una procesión de figuras etéreas que marchaban lentamente, con el rostro iluminado por cirios encendidos. Sobre sus hombros cargaban un ataúd.

Cuando reunió fuerzas para levantarse, la procesión ya se encontraba lejos de él. Luego desapareció, cuando la electricidad regresó al alumbrado público, a los anuncios de neón y a las casas.



Súper alienado

Por: Daniel Salvo





Desde que tuvo uso de razón, Brayan Pérez Quispe supo que era diferente a los demás. Vivía con su madre en la ladera de uno de los tantos cerros que rodeaban la capital, en una casucha hecha de esteras, cartones y sacos de yute, levantada por su padre cuando recién habían invadido el lugar. Luego de un infructuoso intento de desalojo, su padre había muerto, tras lo que Brayan quedó a cargo de su madre, la bondadosa y analfabeta Dorotea Quispe.

¿Cómo había descubierto su condición? En un día ya lejano, la madre de Brayan había enfermado, lo que le impedía descender del cerro para alcanzar el camión cisterna que vendía el agua que utilizaban para la cocina y el aseo. Brayan se había ofrecido para ejecutar dicha tarea, a lo que su madre accedió sin mucho entusiasmo: a sus siete años parecía otro de los niños enclenques y malnutridos, como los que jugaban descalzos en el asentamiento humano. Lo cierto es que, para su sorpresa, Brayan no solo acarreó los dos pesados baldes para su casa, sino también los de varios vecinos, ganándose así sus primeras propinas. Esa noche, Brayan y su madre fueron muy felices, y lo celebraron comprando un cuarto de pollo a la brasa.

Ya en el colegio, Brayan fue descubriendo otras habilidades. Tenía una capacidad intelectual sobresaliente, lo que le permitió aprender a leer y escribir en apenas unos días. Su gran fuerza y agilidad convirtieron en invencible al equipo de fútbol de su sección. Su habilidad para la lectura, empero, la disfrutó por primera vez al leer una historieta de las que alquilaban en un puesto de periódicos. Se trataba de un superhombre venido del espacio que combatía al mal enfundado en un traje azul con capa y shorts rojos. Comparó sus habilidades con las del personaje y decidió que, de mayor, también las utilizaría para combatir el crimen.

A sus quince años, Brayan Pérez Quispe podía correr más rápido que una camioneta del serenazgo, cruzar de un salto el río lleno de basura que atravesaba el asentamiento donde vivía y escuchar desde muy lejos los jadeos de las parejas que se perdían en la penumbra de las laderas del cerro. A manera de broma, solía correr a gran velocidad para, sin ser visto, quitarles a dichas parejas los preservativos que estaban a punto de utilizar, desternillándose luego de risa al oír las requintadas y otros insultos que luego emitían uno o ambos integrantes. Dejó de hacer estas bromas la noche en que se encontró nada menos que con su propia madre...

Juntando las propinas que obtenía acarreando baldes y lavando carros, Brayan había acumulado un capital que guardaba celosamente en un hoyo que había excavado en el cerro, a una profundidad a la que solo él podía acceder. Gracias a este dinero, los problemas que ocasionaban los gastos cotidianos habían cesado para él y su madre. En relación al resto del vecindario, su choza siempre se veía en mejores condiciones, con las esteras, cartones y sacos de yute más limpios. Las habilidades de Brayan servían, además, para poner a raya a eventuales ladrones e indeseables.

Pero el principal objetivo de los ahorros de Brayan era hacerse un traje de superhéroe como los de las historietas y las películas. Y, conforme se hacía mayor, comprendía que se acercaba el momento de la verdad. Al cumplir los dieciocho años, desenterró sus ahorros y comenzó su transformación.

Para proteger sus pies, empleó botas de minero con punta metálica. Para sus manos, gruesos guantes resistentes al ácido y otros desechos tóxicos. Los novedosos y ultraligeros tejidos antibalas que existían en el mercado le permitieron diseñar un traje ceñido al cuerpo que le dejaba libre la cabeza. Adaptó unos lentes de soldador a un casco metálico que le hacía parecer una mosca, pero que ocultaba su identidad. El traje era funcional en casi todo excepto en una cosa: su sexo. No es que Brayan estuviera muy bien dotado, pero ¿cómo hacían los superhéroes de historieta para ser tan planos? Para su vergüenza, tuvo que recurrir al consejo de un excompañero de colegio que ejercía el meretricio travestido bajo el alias de la Cucaña: acomodarse el pene entre las nalgas.

Cuando consideró que ya tenía todo listo, Brayan decidió que ya era hora de darse a conocer al mundo como el superhéroe que quería ser. Así pues, un buen día, decidió apostarse en lo alto de un edificio del centro de la ciudad de Lima, desde donde podía observar el ir y venir de miles de ciudadanos. En algún momento cualquiera de ellos necesitaría su ayuda. Y entonces haría su aparición triunfal, que la prensa coronaría seguramente con un sonoro adjetivo que acabaría siendo su nombre de batalla.

El momento llegó. Por una esquina vio asomarse a una señora mayor ataviada con un sombrero puneño e indudable indumentaria andina, empujando con esfuerzo un carrito de emoliente. Tras ella, tres sujetos la cercaban sin que la pobre mujer se diera cuenta. El asalto era inminente. Brayan estaba a punto de acudir en su ayuda cuando en la esquina opuesta algo llamó su atención.

Era una muchacha rubia, de figura perfecta, que además vestía un traje de esos que solo se veían en la televisión. ¿Qué hacía en el centro de Lima? Parecía practicante universitaria o algo así. Con su aguda vista, Brayan pudo ver que había dejado caer un teléfono móvil a poca distancia.

De los tres hampones, dos habían cogido de los brazos a la emolientera mientras el tercero rebuscaba entre sus pertenencias. La mujer empezó a dar alaridos pidiendo ayuda, pero eso solo hizo que los demás transeúntes se apartaran de la escena. Mientras tanto, la chica rubia, quien aún no se había percatado de la pérdida de su celular, hacía ademán de llamar a un taxi. En cualquier momento abordaría uno, dejando su teléfono móvil tirado en la acera.

«Al carajo», se dijo Brayan, adelantando el mentón y lanzándose después en picada hacia la rubia, al tiempo que pensaba en que ya estaba harto de vivir en un cerro polvoriento, de juntar monedas en un hueco excavado en la tierra y de ser llamado «poblador» en los noticieros. La rubia y su celular serían las llaves del nuevo mundo, al cual ahora deseaba desesperadamente pertenecer.

Mientras tanto, los tres ladrones huían a toda prisa con las escasas ganancias de la emolientera, cuyos insultos se oían por toda la calle.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



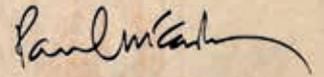
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú